1347

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA
Y
EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS

EL BOTICARIO
DE
NAVALCARNERO

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

BASADO EN EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

SALVADOR M. GRANÉS Y MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

MADRID
EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.°
FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, 2.°
1893

14

EL BOTICARIO DE NAVALCARNERO

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elboticariodenav24414gran

EL BOTICARIO

DE

NAVALCARNERO

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS

BASADO EN EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

SALVADOR M. GRANÉS Y MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Estrenado en Madrid, en el TEATRO DE LA COMEDIA, el 24 de Diciembre de 1892.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
EMILIA	Srta.	Martinez (J.)
ROSA	Sra.	Ruiz (C.)
JULIANA	»	Díez
DON LINO	Sr.	Mario.
LUIS	»	Thuillier.
MANOLITO	»	Garcia Ortega.
RAMÓN	»	Balaguer.
UN CRIADO	»	Gil.

Época actual.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías *El Teatro*, de D. FLORENCIO FISCOWICH, y la *Administación lírico-dramática*, de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro por mitad de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Un gabinete elegante. A la izquierda, un canapé. A la derecha, mesa con recado de escribir. Al foro, chimenea con espejo. Al otro lado, el retrato de un hombre de edad en traje de abogado. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN; JULIANA, quitando las fundas á las sillas.

RAMON. ¿Conque al cabo de un año volvemos á reunirnos en Madrid?

JULIANA. ¡Ay! Es verdad. Hoy hace doce meses justos que falleció nuestro buen amo, el pobre don Florencio.

RAMON. Pues hija, yo, francamente, maldito si lo he sentido. Don Florencio sería un gran abogado, pero era un viejo huraño, ridículo, y, sobre todo, glotón.

JULIANA. Eso sí, nuestro querido amo era una fiera comiendo. La señora y yo estábamos continuamente alarmadas.

RAMON Semejante fiera había de morir de una indigestión.

JULIANA. Y así murió.

RAMON. Una langosta le llevó al cementerio.

JULIANA. Ramón, respeta su memoria.

RAMON. ¿Has visto en tu vida un hombre más miserable, más ruín y más tacaño?

668471

613334

JULIANA. Es verdad, no tenía nada de generoso.

RAMON. Ya sabes que yo le afeitaba, le teñía el pelo, le daba friegas siempre que le acometía el dolor reumático. Pues bien; ¿sabes cómo recompensó mis servicios?

JULIANA. No.

RAMON. El mismo día que marchásteis á París, me llamó á su despacho y me dijo: «Ramón, nunca olvidaré tus atenciones para conmigo. Toma estos dos billetes de cien pesetas...»

JULIANA. (Admirada) ¡Hola!

RAMON. «Y llévaselos mañana al casero en pago del alquiler de este mes.»

JULIANA. ¿Y es eso todo lo que te dió?

RAMON. Me dió también... el encargo de cuidar á la gatita. En fin, vamos á otro asunto. Como anoche llegásteis ya tarde, no hemos tenido todavía tiempo de hablar. Díme, Juliana, ¿ha sentido mucho el ama la muerte de don Florencio?

JULIANA. Le ha llorado once meses.

RAMON. Llorar es. ¿No os ha despedido el casero?

JULIANA. ¿Por qué?

RAMON. Por la humedad de las paredes.

JULIANA. Todo el tiempo del luto, lo hemos pasado en París haciendo vida de monjas.

RAMON. ¿No te..íais visitas?

JULIANA. Unicamente las de un pollo tísico, un gomoso, como dicen, más antipático y más... un tal don Manolito, que parece que quería consolarnos y al que la señora acabó por no re ibir.

RAMON. Pues si continúa haciendo el papel de viuda inconsolable, vamos á pasar un invierno divertido

JULIANA. ¡Puede que no!

RAMON. ¿Cómo?

JULIANA. Hace poco, cuando estaba peinándola, me ha dicho: «Juliana, el color negro me sienta muy mal; tráeme otro traje.» ¿Cuál, señorita? Uno de color.

RAMON. ¡Hola! ¡¡Hola! Vaya un cambio.

JULIANA. El alivio de luto.
EMILIA. (Dentro.) ¡Juliana!
JULIANA. ¡Ella es!

ESCENA II

DICHOS; EMILIA, por la puerta de la izquierda.

EMILIA. (Elegantemente vestida en traje de casa.) Juliana, ¿qué haces aquí?
JULIANA. Pues nada, señorita. Arreglaba esta habitación.
EMILIA. Deja eso y vete allá adentro. (Vase Juliana por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III

EMILIA y RAMÓN

EMILIA. Buenos días, Ramón.
RAMON. Muy buenos, señorita; ya tenia deseos de verla.
EMILIA. ¿Para qué?
RAMON. Para dar á usted el pésame por la. . (Enternecíéndose de repente.) ¡Qué pérdida tan grande, señorita!
EMILIA. Ciertamente, ha sido un golpe terrible para todos.
RAMON. ¡Un amo tan bueno! Cuando veo su retrato me enternezco Mírele usted ahí con ese aire bondadoso y dulce. Parece que va á hablar y á decirme: «Ramón, ¿cómo han puesto la ternera? ¿Con patatas?» Porque don Florencio era un partidario acérrimo de la patata.
EMILIA. Mira, Ramón, quita de ahí ese retrato.
RAMON. ¿Cómo?
EMILIA. Descuélgale con mucho cuidado. Quiero que le barnicen de nuevo. Entretanto, súbele á la bohardilla.
RAMON. Bien, señora. (Descolgándole.) ¡Pobre amo mío! No tengas cuidado. Van á barnizarte.
EMILIA. (Señalando á un gorro que habrá sobre la chimenea.) ¿Qué es eso?

RAMON. El gorro griego del señor.

EMILIA. Llévatele también.

RAMON. ¿Para barnizarle?

EMILIA. ¿Eh?

RAMON. ¡Ay, señora! ¡Si no sé lo que me digo! El dolor y la...

EMILIA. ¿Y esas chinelas?

RAMON. También del amo. ¿Me las llevo para?...

EMILIA. Sí.

RAMON. (Las usaré dentro de casa.) No he querido tocar á esos objetos venerables hasta que usted volviese de su viaje, ni aun siquiera quitar el polvo á este despacho. (Suspirando.) ¡Ah!

EMILIA. Oye, Ramón, pon dos cubiertos en la mesa Hoy almuerzo con mi padre que llegará dentro de pocos momentos de Navalcarnero.

RAMON. (¡Momentos de Navalcarnero! El dolor la trastorna.) Está bien, señora. (Va á salir.)

EMILIA. Ah, escucha. No estoy para nadie en casa, excepto para papá... y para un joven con quien tengo que tratar de asuntos de interés.

RAMON. ¡Ya! ¡Un joven! (Llevando el retrato.) Ven, pobre amo mío, ven, que van á barnizarte. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

EMILIA; á poco MANOLITO

EMILIA. Vendrá sin duda. Le he citado para hoy á las doce y... ahora me arrepiento. ¿Qué pensará de mí? ¿Me habrá olvidado?

RAMON. (Entrando.) Señora, ahí está el joven.

EMILIA. (¡Él!) Que pase inmediatamente. (Va al espejo y se arregla el pelo.)

RAMON. (¡Pobre don Florencio! Ya vienen á barnizarte.) (Vase.)

MAN. (Entrando.) Gracias mil, adorable Emilia, por la prontitud con que me ha recibido usted.

EMILIA. (Volviéndose.) (¡Ah, es el títere que me persigue desde

París!) ¿Puedo saber, caballero, á qué debo el honor?...

MAN. Primeramente, al gusto de volverla á ver.

EMILIA. Gracias; pero hoy estoy muy ocupada.

MAN. Permaneceré á su lado muy breves instantes He llegado en el mismo tren que usted, en el mismo coche, y vengo á devolverla un objeto que, al salir, dejó usted olvidado en su asiento.

EMILIA. ¿Un objeto?

MAN. Sí señora; esta preciosa corbata que para mí vale más que el Toisón de Oro, con su borrego inclusive.

EMILIA. (Riendo.) ¡Ah, sí! Una preciosa corbata que costó dos pesetas.

MAN. (Con galantería.) Yo conozco alguien que daría por ella un millón.

EMILIA. (Arrojando la corbata encima del canapé.) Es de mi doncella.

MAN. ¡Ah! Entonces no vale más que las dos pesetas.

EMILIA. Agradezco la molestia que usted se ha tomado, y... amigo mío, sabe usted que esta casa... (Creo que entenderá la indirecta.)

MAN. Es igual. (Sentándose.) Bendigo en todo caso á esa corbata, que me ha proporcionado el placer de saludar á usted.

EMILIA. (Y se sienta.) (Pequeña pausa.)

MAN. ¡Qué noche tan fría hemos pasado en el camino!

EMILIA. (Impaciente.) Mucho.

MAN. ¡Y qué día tan caluroso!

EMILIA. Sí.

RAMON. (Por el foro.) Este caballero desea hablar á la señora. (Le presenta una tarjeta que trae en su correspondiente bandeja.)

EMILIA. (Viendo la tarjeta y poniéndose de pié.) (¡Luis!) Que entre al momento. (Mirando á Manolito.) (Ahora sí que se marchará.)

ESCENA V

DICHOS y LUIS

LUIS. (Entrando vivamente sin ver á Manolito.) ¡Emilia! (Reparando en él.) ¡Señora!... ¡Caballero!

EMILIA. (Presentándolos.) El señor don...

MAN. Manuel de las Cuevas de Luna y de Andrade de...

LUIS. (¡Sopla!)

EMILIA. Don Luis Alcázar.

MAN. Muy señor mío. (Ambos se saludan.)

LUIS. He tenido noticia del regreso de usted y me he apresurado á venir para ofrecerle mis respetos y manifestarla mi sentimiento por la pérdida que ha experimentado.

MAN. ¡Ha sido un golpe terrible, caballero!

LUIS. (Me carga este quidam.) (Se sienta.)

EMILIA. (¡Es insoportable!)

LUIS. ¿Y qué tal el viaje, señora? ¿Ha sido felíz?

EMILIA. ¡Excelente! (Se sienta.)

MAN. ¡Oh! ¡Excelente!

LUIS. ¿Habrá usted sentido fresco esta noche última?

MAN. Sí señor, y mucho calor durante el día; todo eso ya se lo he preguntado yo.

LUIS. (A Emilia.) ¿Quién es este mamarracho?

MAN. (Me parece que se ocupan de mí.)

LUIS. Usted cada día más bella.

MAN. Muy bella; sí señor. También yo se lo había dicho.

LUIS. Después de un año de ausencia, encuentro á usted muy mejorada.

MAN. Mucho. También yo la encuentro.

LUIS. (Milagro será que no te encuentres otra cosa.) (A Emilia.) ¡Despídale usted!

EMILIA. (A Luis.) ¡Imposible!

LUIS. (A Emilia.) ¡Cómo!

EMILIA. (A Luis.) Es una mona.

MAN. (Vuelven á ocuparse de mí. Voy ganando terreno.)

Pues sí señor, en España no se puede viajar en ferrocarril.

LUIS. Son preferibles la diligencia ó la galera.

MAN. ¿Eh?

LUIS. O el burro. ¿Usted ha viajado en burro? De seguro.

MAN. (Incomodado.) Pues no señor. Pero, diga usted lo que quiera, los ferrocarriles en España son detestables; no hay buenas fondas, ni...

EMILIA. ¡Caballero! (Levantándose.) Suplico á usted que me dispense, pero aunque su conversación es muy amena y muy instructiva, necesito hablar con el señor, que es mi abogado, de asuntos que me interesan.

MAN. ¡Ah! ¿Es usted jurisconsulto?

LUIS. Sí señor, y estoy muy de prisa.

MAN. ¡Abogado! ¡Bonita carrera! Recuerdo que papá se empeñó en que yo cursase Derecho para tener algún título, además del de propietario, pero tropecé con algunas dificultades.

LUIS. Los exámenes, ¿eh?

MAN. Justamente. ¡Es un estudio tan pesado el del Derecho!

LUIS. Sí; sobre todo, para el que no ha nacido con esa inclinación.

MAN. Yo estoy por las bellas artes. El abogado tiene que ser un charlatán.

LUIS. Muchas gracias.

MAN. Y yo detesto la charlatanería.

LUIS. Parece mentira.

EMILIA. Amigo mío, el tiempo transcurre y...

MAN. ¿Es decir, que estorbo?

EMILIA. Ya que es usted tan perspicáz y tan amable... (Se ponen los tres de pié.)

MAN. Dejo á ustedes, y me retiro. Caballero, reconózcame usted como...

LUIS. (Como uno de nuestros más eminentes majaderos.) Lo mismo digo.

MAN. Adiós. ¿Emilia, qué días recibe usted?

EMILIA. Por ahora, ninguno.

MAN. Mejor; vendré cuando guste, sin sujetarme á la rutina oficial, *sans ceremonie, n'est pas.* Adiós, amigos míos. *Au revoir.* (Vase.)

ESCENA VI

EMILIA y LUIS

LUIS. ¡Gracias á Dios, Emilia, querida Emilia! (Tomándola una mano.)

EMILIA. Luis, ¿está usted loco?

LUIS. Sí; loco de felicidad, porque al cabo de dos años de silencioso martirio, puedo ya decir á usted: ¡Emilia, yo la amo!

EMILIA. ¿Olvida usted que soy viuda?

LUIS. Recuerdo todavía la primera vez que ví á usted en el teatro de la Opera. Estaba usted con *él*. Procuré averiguar qué vínculos les unían, y supe por mi mal que era su esposo y un abogado notable. Cinco minutos después estaba yo en su palco, pidiendo á mi compañero de profesión que me designase hora para consultarle un litigio muy embrollado. Y en efecto, al otro día ya llevaba yo preparada la farsa que había leído en no sé qué periódico. Le hablé de un molino que no molía, movido por el agua de un río que no la tenía. Qué sé yo Estas cuestiones de aguas son muy complicadas; así es que tuvimos veintidós consultas en su casa. A la veintitres, no pudiendo callar por más tiempo, escribí á usted una carta declarándola mi amor.

EMILIA. Las promesas hechas mientras no pueden cumplirse, necesitan ratificarse cuando llegan á ser posibles.

LUIS. Tiene usted razón.

EMILIA. Piénselo usted bien, que es asunto que merece pensarse.

LUIS. Dentro de cinco minutos le participaré por escrito mi resolución. ¿La admitirá usted entonces?

EMILIA. Breve es el plazo.

LUIS. Emilia... por favor...

EMILIA. Veremos cómo viene redactada. Hasta después.

LUIS. ¿Me permitirá usted que la escriba aquí mismo?

EMILIA. No hay inconveniente.

LUIS. Gracias, Emilia.

EMILIA. (No puedo más.) (Vase por la izquierda.)

LUIS. (¡Me ama!)

ESCENA VII

LUIS

¡Me ama... y será mía! Pero, vamos á cuentas. Luis, ¿tú estás seguro de que no ha de faltarte vocación de marido? ¡Emilia es hermosa, joven, discreta, rica! ¡Pero caramba! ¡Eso de casarse! ¡Tener una mujer para siempre!... ¡y siempre la misma! ¡Cosa más rara! Desde que ha desaparecido el obstáculo, el marido que se interponía entre ambos, me parece menos poética mi pasión. Una esposa cuyo cariño poseemos por completo sin que nadie nos la dispute, es la dulce media naranja de la felicidad; pero una mujer á la que amamos de lejos, á hurtadillas del padre ó del esposo, es el medio limón que incita el deseo con el apetito agrio de los sobresaltos. ¡Eh! ¡qué diablos! basta de aventuras, basta de sueños, Luis. Ya tienes treinta y seis años, la edad de pensar en la vida real, y la realidad del amor es el matrimonio. Voy á firmar mi sentencia. (Escribe.) «Lo he pensado y me decido, Emilia; ¿quiere usted ser mi esposa? Espero con ansiedad su respuesta. Volveré luégo.»

ESCENA VIII

LUIS y RAMÓN

LUIS. Oye.

RAMON. ¿Señorito?

LUIS. Toma, entrega esta carta á tu señorita, pero ahora mismo.

RAMON. Está muy bien.

LUIS. Y guárdate eso para tí. (Le da un billete.)

RAMON. ¡Un billete de cincuenta pesetas! Señorito... (Vamos, será para el franqueo.)

LUIS. Adiós. (Vase por el foro.)

RAMON. (Siguiéndole.) Pero... ¡se fué! ¡Esto es inverosímil! ¡Cincuenta pesetas por llevar una carta de una habitación á otra! (Mirando el billete al traslúz.) ¡Si será falso!

ESCENA IX

EMILIA y RAMÓN

EMILIA. (Cogiéndole la carta.) Trae.

RAMON. (Pues no tengo nada que añadir.) Ese caballero, es todo un caballero, señora, mejorando lo presente.

EMILIA. (Que ha leído la carta.) ¡Ah! ¿Qué dices?

RAMON. Figúrese usted que ese simpático joven me ha dado un billete de cincuenta pesetas, diciendome: «Toma y guárdate eso.» «*Eso,*» como quien dice «Ese perro grande;» porque digo yo que el billete habrá sido para mí.

EMILIA. Es natural.

RAMON. Natural, no, señora, pero... Porque digo yo que no habrá querido decirme que me guarde la carta y que entregue á usted...

EMILIA. No, Ramón, no; y yo te prometo otro tanto... porque soy muy felíz.

RAMON. (¡Ah, ya! ¡Ahora comprendo que traten de barnizar á don Florencio!)

ESCENA X

EMILIA y DON LINO; ROSITA, por el foro.

LINO. Ya, ya sé; por aquí: ven, Rosita, ¡Emilia! ¡Emilia!

EMILIA. (Saliéndole al encuentro y abrazándole.) ¡Padre!

LINO. ¡Hija mía! ¡Aprieta! ¡Qué guapa estás! Ven aquí, Rosita, saluda y siéntate, pobrecita, que vendrás cansada. Es mi ahijada, Rosita Cascoduro, una muchacha angelical, hija del exveterinario de Navalcarnero, que era un hombre muy honrado y muy amante de su hija y de la bebida. ¿No es verdad, Rosita?

ROSA. Sí señor, sí: mi padre murió al apurar la última copa, y viceversa.

LINO. Sí... apuró la última copa. . etcétera ¿Ves qué criatura tan sencilla y tan salvaje? Y es preciosa, ¿verdad?

EMILIA. Sí que es muy bonita.

LINO. Sola y huérfana, ¿qué hubiera sido de ella á no hallar en mí un segundo padre, un segundo boticario. digo, no, un primer boticario, honrado y de Nava carnero, como el autor de sus días?... Pero hablemos de tí, Emilia; ¿supongo que no pensarás en volverte á casar?

EMILIA. ¿Quién sabe?

LINO. ¡Malo! Comprendo que uno se case una vez... por curiosidad, pero la reincidencia en el matrimonio es imperdonable.

EMILIA. Sin embargo, padre, hay casos...

LINO. Hablemos con franqueza: ¿estás resuelta á casarte?

EMILIA. Pudiera ser...

LINO. Lo siento, porque había pensado trasladar mi domicilio á Madrid para vivir en tu compañía y en la de Rosita, ese ángel de candor. (Mirándola con ternura.)

ROSA. Sí señor, sí.

LINO. En Madrid hacen mucha falta buenos boticarios como yo.

EMILIA. Y aun suponiendo que se realice mi segundo enlace, ¿qué importa para que viva usted á nuestro lado?

LINO. Mucho. Esta inocente criatura no puede ni debe presenciar ciertas expansiones íntimas...

EMILIA. ¡Padre!

LINO. Rosita, tú tendrás ya debilidad de estómago.

ROSA. No señor, lo que tengo es hambre.

LINO. (¡Qué sencillez!) Anda, hija mía; entretente con esos bollitos que traes en el saco de noche, hasta que llegue la hora de almorzar.

ROSA. ¿Ustedes gustan? (Lo hace.)

LINO. No, querida, no. (Su inocencia me desarma.) Y vamos á ver: ¿quién es el dichoso mortal que ha conseguido vencerte?

EMILIA. Es un joven abogado.

LINO. ¿Otro abogado? Vamos, te da la manía por el foro. ¡Abogados! Los detesto, desde que uno del oficio me hizo perder un pleito que sostuve contra el ayuntamiento del pueblo, un pleito sobre el pago de unos céntimos por contribución de consumos. Es verdad que todo el mundo aseguraba que yo no tenía razón, pero por lo mismo llamé á un abogado, porque á estar de mi parte el derecho, no necesitaba que nadie me defendiera. En esto digo lo mismo que en las enfermedades: al que ha de morir es al que ha de curar el médico, porque al que ha de sanar no le hace falta la medicina para maldita la cosa.

RAMON. (Entrando.) Señora, el caballero que vino hace poco.

EMILIA. ¡Él es, padre! Explore usted su ánimo, y...

LINO. ¿Cómo? ¿Yo?

EMILIA. Sí señor; para algo ha de servirle su experiencia. (A Ramón.) Dí á ese caballero que pase. Dejo á usted solo con él.

LINO. Como quieras, pero luégo no te incomodes si mi juicio no es favorable á tu futuro.

EMILIA. Estoy segura de que ha de serlo. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XI

DON LINO y ROSITA; á poco MANOLITO

LINO. ¡Segura! ¡Qué vanidosas son las mujeres! Rectifico: hay una excepción, la de ese ángel.

MAN. ¿No está la señora?

LINO. Servidor de usted.

MAN. Muy señor mío. (¿Quién será este tipo?)

LINO. Yo soy su padre, para lo que usted guste mandar.

MAN. Mil gracias: igualmente.

LINO. ¿Eh? ¿También es usted su padre? (¡Qué figurilla! Parece una almeja disecada.)

MAN. Tengo mucho gusto en saludar á usted y ofrecerle mis respetos.

LINO. Lo mismo digo.

MAN. ¿Y esta señorita?

LINO. Es mi ahijada, una niña de buena familia, hija del difunto veterinario Cascoduro.

MAN Señorita .. (Alarga la mano á Rosa: ésta le da un bollo.) Muchas gracias. (¡Qué finura, y qué candor tan primitivos!)

LINO. Es muy generosa. (A Rosa.) Niña, eso no se hace.

MAN. Venía á entregar á Emilia este ramo.

LINO. ¡Muy hermoso!

MAN. Siento no poder ofrecérselo á usted.

LINO. Es igual, todo se queda en casa. (Se lo da á Rosa.) Caballerito, hablemos claro. Yo soy boticario en Navalcarnero, y los de Navalcarnero siempre vamos derechos al grano.

MAN. Lo creo, pero...

LINO. Destapemos el frasco de las confianzas. ¿Usted ama á mi hija?

MAN. (Protestando.) Juro á usted que...

LINO. Nada de circunloquios. Al grano. Usted ama á Emilia, y quiere casarse con ella.

MAN. (¡Cáspita!) Está usted en un error.

LINO. Nada, nada: yo no conozco más que un camino, la línea recta, y en Navalcarnero entendemos por línea recta la que va toda derecha.

MAN. En Madrid también; pero...

LINO. Aquí estamos casi solos, porque Rosita es un alma sin cuerpo.

MAN. Sí, ya lo veo. (Rosita sigue comiendo.)

LINO. Caballerito, yo soy farmacéutico.

MAN. Por muchos años.

LINO. Voy, pues, á hacer á usted el análisis químico de la situación. El matrimonio es la retorta dentro de la cual se combinan dos simples.

MAN. No comprendo.

LINO. Si esos dos simples tienen propiedades heterogéneas, el contacto les hace fermentar, y la explosión es segura. ¿Comprende usted?

MAN. Ni una palabra.

LINO. En el carácter de mi hija hay una gran dosis de sublimado corrosivo.

MAN. ¿Cómo?

LINO. Y usted es como el ungüento amarillo, que se aplica para todo y no sirve para nada.

MAN. ¡Caballero!

LINO. Emilia y usted no llegarán nunca á amalgamarse. ¿La conoce usted hace mucho tiempo?

MAN. No señor: tuve el gusto de verla por primera vez en París hará un año.

LINO. ¡Cuando le digo á usted que ese matrimonio es una fusión imposible!...

MAN. Lo mismo creo.

LINO. ¿Cómo lo mismo? ¿Pues qué se propone usted?

ROSA. (Interponiéndose.) ¡Me había usted prometido que almorzaríamos en seguida, y que me llevaría á ver las fieras!

LINO. Sí, hija mía, sí; pero aguarda un poco. (A Manuel.) ¡Como la pobrecita no tiene á nadie más que á mí!...

MAN. ¿Para almorzar?

LINO. No señor.

MAN. (¡Ya! ¡En clase de fiera!)

ROSA. (Lloriqueando.) ¡Yo quiero ver el oso blanco!

LINO. Mañana, Rosita, mañana. Hoy ya ves á este caballero. Todo no se puede ver en un día.

ROSA. ¡Bien, papá!

LINO. (¡Me llama papá! ¡Cómo disimula!) Pues como iba di-

ciendo, mi hija tiene un carácter raro, y sin conocerla bien no debe usted aventurarse á... ¿Le gusta á usted la música?

MAN. Es uno de los ruidos que más me molestan.

LINO. Emilia toca el piano con verdadero encarnizamiento.

MAN. Lo siento por el piano.

LINO. Primer obstáculo. ¿Le agradan á usted las mujeres nerviosas?

MAN. ¡Ay! No señor.

LINO. Segundo inconveniente. ¿Y las caprichosas?

MAN. Menos.

LINO. Vaya usted atando cabos. Emilia padece de ataques continuos y varía de idea cada cinco minutos.

MAN. ¡Cáspita!

LINO. Tan pronto le daría á usted un abrazo, como le estrellaría contra la pared de enfrente.

MAN. ¡Qué atrocidad!

LINO. Por lo demás, yo no quiero quitar á usted de la cabeza su proyecto. Emilia es mi hija, y con esto queda dicho que es un modelo de virtudes y gracias. Podrá no querer con exceso á su marido, ¡pero á su padre!... á su padre le adora, y esto es lo principal, como usted comprenderá, en una joven bien educada.

RAMON. Señor, ahí traen el equipaje.

LINO. ¡Ah, sí! Dispense usted un momento. Voy á ver si viene todo. Rosita, hija mia, anda para delante. Soy con usted en seguida.

MAN. No tenga usted prisa.

LINO. (Es un ejemplar raro del reino animal.) (Vase con Rosita por la primera de la izquierda.)

ESCENA XII

MANOLITO

¡Casarme! ¡Casarme yo con su hija! ¡Qué atrocidad! Una cosa es el amor, y la Vicaría es otra cosa. Lo mejor será largarme de aquí antes que ese boticario im-

bécil me ponga en infusión. Volveré cuando no esté el padre. (Vase por el foro, dejándose el bastón.)

ESCENA XIII

EMILIA y DON LINO

EMILIA. ¡Le digo á usted que es imposible!

LINO. ¿Si tendré yo telarañas en los ojos?

EMILIA. No está.

LINO. Se habrá evaporado. Es un álcali volátil de poca fuerza.

EMILIA. ¿Pero de quién me está usted hablando?

LINO. De tu futuro. El joven que conociste en París, y que estaba aquí hace poco.

EMILIA. ¡Ya decía yo! ¡Si no es ese!

LINO. ¿Cómo? ¿Hay otro?

EMILIA. ¡Ya lo creo!

RAMON. (Entrando.) Señorita, el señor don Luis...

EMILIA. Que pase, que pase en seguida. Este es el verdadero.

ESCENA XIV

DICHOS y LUIS

LUIS. Señora...

LINO. (¡Esa cara... es él!)

EMILIA. Luis, tengo el gusto de presentar á usted á mi padre.

LUIS. Celebro en el alma...

LINO. Poco á poco. ¿Ha estado usted hace dos años en Navalcarnero?

LUIS. Efectivamente, allí estuve.

LINO. ¡Ah! ¿Y se llama usted don Luis Alcázar?

LUIS. Servidor de usted.

LINO. ¡Infame! ¡Bribón!

EMILIA. ¡Padre!

LINO. ¡Y quiere casarse con mi hija, y tiene usted valor para

pedírmela á mí, á su padre, á don Lino Linaza, licenciado en Farmacia!

LUIS. (¡Diablo!)

EMILIA. ¿Qué significa?...

LINO. Significa, que este caballero fué el abogado de la administración, el defensor de la iniquidad, el culpable de que yo perdiera mi pleito hace dos años.

LUIS. Perdone usted, pero la ley, la justicia... yo defendía á su contrario de usted.

LINO. Mi contrario es un tunante, y usted es...

LUIS. ¡Caballero!

EMILIA. ¡Papá, por Dios!

LINO. ¡Ni una palabra! no se casará usted con Emilia; me opongo, se lo prohibo.

LUIS. Pero...

LINO. ¡Se lo prohibo!

EMILIA. Reflexione usted.

LINO. ¡Lo dicho! Además, yo he ofrecido tu mano á otro pretendiente.

EMILIA. ¿A otro?

LUIS. ¿A quién?

ESCENA XV

DICHOS, y MANOLITO

MAN. ¿Dónde habré dejado mi bastón?

LINO. (Cogiéndole.) A este caballero.

MAN. ¿Eh?

LUIS. ¿Cómo?

LINO. ¡Le concedo á usted la mano de mi hija!

MAN. Permita usted, caballero.

LINO. Nada, que se la concedo.

EMILIA. Usted olvida, padre mío, que falta una cosa muy esencial.

LINO. ¿Qué falta?

EMILIA. Mi consentimiento.

LINO. Se lo doy por tí.

EMILIA. Yo no quiero al señor don Manuel.
LINO. Yo detesto al señor don Luis.
EMILIA. Ahora verá usted.
LINO. Ahora verás tú.
EMILIA. (Llama.) ¡Ramón!
LINO. (Idem.) ¡Ramón!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, y RAMÓN; á poco ROSITA

RAMON. ¿Llamaba usted?
EMILIA. Ponga usted en la calle á ese caballero.
LINO. Eche usted á la calle á ese hombre.
LUIS. Señor don Lino, creo que le encuentro á usted algo ofuscado: volveré mañana (Toma el sombrero.)
LINO. Será inútil.
MAN. Yo también volveré otro día cualquiera.
EMILIA. Será inútil. ¡Mantengo mi palabra, don Luis!
LUIS. ¡Oh, gracias!
LINO. ¿Sí? ¡Rosa! ¡Rosita!
ROSA. ¿No almorzamos hoy, papá?
LINO. Sí, en la fonda. ¡Abur! No olvides que soy de Navalcarnero y que la línea recta ante todo.
EMILIA. ¡Pero padre mío!
LINO. Abur. Si te casas con él, te deshereto. (Vanse.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón. Puerta al foro y laterales. En primer término de la derecha, piano. En primer término de la izquierda, mesa de despacho con legajos, libros, etc., etc. En el centro de la escena, velador preparado para el almuerzo. A ambos lados de la puerta del foro, pequeños muebles elegantes. En el de la izquierda, una bandeja con tarjetas.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN; á poco, MANOLITO

RAMON. (Terminando la colocación del servicio para el almuerzo.) ¡Ya está todo! El cubierto de la señora y enfrente el de don Luis. Los primeros días se sentaban más cerca. Dos meses llevan de matrimonio, y en todo ese tiempo no ha puesto el papá-suegro los piés en esta casa. Bien es verdad que se casaron sin su consentimiento. Don Lino dijo una vez que no, y se ha mantenido en sus trece. No he visto boticario más testarudo... ¡Valiente luna de miel! El señorito gruñón: ella celosa. Cuando él rabia, ella canta; y cuando ella ríe, él se incomoda... ¡Cásese usted para eso!

MAN. (En el foro.) El señor don Luis.

RAMON. ¿Eh? (¡Calla! ¡Yo conozco esta cara!)

MAN. ¿Está visible?

RAMON. No señor. El señorito no abre nunca su bufete antes de las doce.

MAN. Necesito verle para un asunto importante, importantísimo.

RAMON. Si quiere usted esperar un momento, pasaré recado.

MAN. Sí, vaya usted.

RAMON. Con permiso. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA II

MANOLITO; luégo RAMÓN

MAN. ¡Casada! ¡Emilia casada! Y yo sin saberlo hasta ayer. Verdad es que mi ausencia ha sido larga. Salí de Madrid hace dos meses, y he vuelto hace ocho días... Después de mi última entrevista con el padre, desistí de seguir haciendo la corte á su hija. Eso de casarme no me agradaba. Pero hoy es diferente. Ya no hay peligro. Me han dicho que su esposo es abogado. En seguida formé mi plan. Vengo á consultarle sobre un pleito imaginario. Le visito diariamente, y entro y salgo á todas horas, escogiendo aquellas en que el marido no se halle aquí. ¡Conquista segura! Yo he sido siempre un gran conquistador. Si nazco antes, soy Napoleón ó Carlo-Magno.

RAMON. ¡Cuando yo se lo dije á usted!

MAN. ¿Qué pasa?

RAMON. Que el señorito no puede recibir á usted en este momento.

MAN. ¡Demonio! ¡Demonio!

RAMON. Me ha dicho que puede usted verle en el Tribunal, donde estará á la una y media.

MAN. ¿A la una y media? ¡Bravo! (Volveré á las dos. ¡Ella estará sola!) Gracias. Dígale usted que iré al Tribunal y que me aguarde á pié firme. ¿Comprende usted?

RAMON. ¡Bueno! ¡Bueno!

MAN. ¡Adiós! (La fortuna me protege.) (Vase.)

ESCENA III

RAMÓN; luégo EMILIA, y á poco LUIS

RAMON. ¿Quién será este zángano? Y yo le he visto en alguna parte, estoy seguro.

EMILIA. ¿Almorzamos ó no? (Por la primera de la derecha.)

RAMON. Cuando ustedes gusten.

EMILIA. ¿Y el señorito?

RAMON. Voy á avisarle. (Vase por la primera de la izquierda.)

EMILIA. ¿A que se hace esperar como de costumbre? ¿A que no se apresura á venir como se apresuraba otras veces? Ya no me trata con aquel cariño, con aquella consideración. ¡Ahora su mujer es lo último! Hasta para almorzar. (Sale Ramón.) ¿Qué es eso? ¿No sale?

RAMON. Dice que aguarde usted dos minutos.

EMILIA. ¿Yo? Avísame cuando venga. Yo no debo aguardar. (Vase.)

RAMON. ¡Anda, anda! Lo de siempre. Que esperes tú, que no espero yo, y la tortilla mientras, enfriándose.

LUIS. ¿Se almuerza ó no se almuerza? ¿Y mi mujer?

RAMON. Voy á avisarla. (Vase por la primera de la derecha.)

LUIS. Y me dijo que ya estaba sentada á la mesa... ¡Siempre me obliga á esperarla! Y lo hace á propósito. Sí señor. ¡Para rebajarme! Para hacerme creer que es ella quien ejerce aquí el dominio. (Sale Ramón.) ¿Y la señorita?

RAMON. Viene en seguida.

LUIS. Avísame cuando venga. (Vase.)

RAMON. Oiga usted, señorito...

EMILIA. ¿No decías que me esperaba?

RAMON. ¡Y tanto!

EMILIA. ¿Dónde está?

RAMON. ¡En su cuarto!

EMILIA. Entonces cuando salga, toca el timbre. (Vase.)

RAMON. Juegan al escondite. (Llamando.) ¡Señorito!

LUIS. (Asomándose.) ¿Y mi mujer?

RAMON. Pues si usted no se marcha ..

LUIS. ¿No vino todavía? ¿Digo, eh? ¡Si llego á esperarla! Toca el timbre cuando venga. (Vase.)

RAMON. ¡Corriente! De este modo se arregla todo. (Toca el timbre y ambos aparecen.)

ESCENA IV

RAMÓN, LUIS y EMILIA

LUIS. ¡Gracias á Dios!

EMILIA. ¡Gracias al cielo!

LUIS. Ya sabes que no me gusta esperar.

EMILIA. Lo mismo exactamente me pasa á mí.

LUIS. La mujer debe doblegarse siempre y en todas ocasiones á la voluntad del marido.

EMILIA. No señor. El marido es el que se halla obligado por galantería, por delicadeza y por la fe jurada, á respetar la voluntad de su esposa.

LUIS. ¿Para que ella mande y domine, no es verdad?

EMILIA. ¡Justo!

LUIS. ¡Pues á mí no me domina nadie!

EMILIA. ¡Luis!

LUIS. ¡Emilia!

RAMON. ¡Que estará como la nieve, señorito! (Ambos se sientan con mal modo.) Todos los días comen ustedes la tortilla helada. Y luégo dicen que la cocinera tiene la culpa.

EMILIA. ¡Bueno, bueno!

LUIS. Déjanos en paz. (Sale Ramón.) ¿Te sirvo?

EMILIA. ¡Gracias! No almuerzo. Sírvete tú.

LUIS. Gracias, no tengo apetito.

RAMON. (Saliendo.) ¿Traigo otra cosa?

LUIS. No, márchate; ahora no haces falta.

RAMON. ¡Qué lástima de tortilla! (Vase.)

EMILIA. Luis, es preciso que hablemos francamente.

LUIS. ¿Eh?

EMILIA. Esta situación es insostenible.

LUIS. Y si seguimos almorzando como hoy, mucho menos.

EMILIA. Luis, tú no eres el mismo.

LUIS. ¿No?

EMILIA. No señor. Tú no eres aquel joven apasionado, dulce, melancólico, que me hacía el amor lanzándome miradas expresivas, dedicándome frases tiernas y conmovedoras. Siempre cortés, galante, cariñoso. Un hombre, en fin, poético y seductor.

LUIS. ¡Mil gracias!

EMILIA. ¡No lo niegues! Entre el Luis que ambicionaba casarse conmigo y el Luis que se ha casado, media un abismo.

LUIS. Porque un esposo no es un amante, y porque el matrimonio modifica nuestros gustos.

EMILIA. Pero en cambio un marido puede faltar á sus más sagrados deberes, engañando pérfidamente á su mujer.

LUIS. ¿Qué quieres decir?

EMILIA. Quiero decir, que me engañas.

LUIS. ¿Yo?

EMILIA. ¡Tú! ¡Sí señor!

LUIS. ¡Qué tontería!

EMILIA. Y por eso eres en casa indiferente. Porque guardas para otras tus miradas dulces y tus palabras de miel.

LUIS. ¡Qué desatino! ¿Engañarte yo? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con quién?

EMILIA. Con tus clientes. Sí señor. Con esas que vienen á consultar contigo.

LUIS. ¡Ave María Purísima!

EMILIA. Demasiado sabes que hay una que todos los días te visita, y con la cual pasas encerrado las horas muertas.

LUIS. ¡Qué atrocidad!

EMILIA. ¿Quién es esa mujer?

LUIS. Una viuda dignísima á quien pretenden robar la herencia de su difunto esposo.

EMILIA. ¡Pues que se la roben! ¿A tí qué te importa?

LUIS. ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Eres celosa? Sólo faltaba esto.

EMILIA. Pues antes de casarnos bien te complacía el que yo tuviese celos. Recuerdo que me abrazabas diciéndome: ¡Así te quiero!

LUIS. Eso era antes. Entre novios, los celos constituyen una prueba de amor; pero entre casados, convierten la vida en un infierno.

EMILIA. ¡Justo! Porque entonces suelen ser fundados y no hay nada que irrite tanto á un marido como el que descubra la mujer sus trapicheos.

LUIS. ¡Ah! ¿Conque yo tengo trapicheos?

EMILIA. Sí, mónstruo.

LUIS. Eres insoportable.

EMILIA. Y tú falso, hipócrita y perverso.

LUIS. ¡Dios mío, no haber almorzado y aguantar este fuego de fusilería! ¡Me marcho!

EMILIA. Con la viuda, ¿eh?

LUIS. ¡Con el diablo! (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA V

EMILIA

¿Qué tal? ¡Y este era el hombre que me juraba fidelidad y constancia! ¡Ah, señor marido! ¡Conque para su mujer la prosa, y para otras... la poesía! ¡Ya te compondré yo! (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA VI

RAMÓN y DON LINO; ROSA, por el foro.

RAMON. Por aquí; pasen ustedes.

LINO. Entra, Rosita, entra. No tengas miedo.

RAMON. ¿Usted en casa de su hija? ¡Cuánto se va alegrar!

LINO. ¡Chist! No grite usted. He ahogado mis resentimien-

tos por razones privadas y vengo á ver á mi hija, pero sólo á ella. ¿Comprende usted?

RAMON. Sí señor. Corro á avisarla.

LINO. ¡A ella sola! Nada más que á ella.

RAMON. Bueno, bueno. (Vase.)

ESCENA VII

DON LINO y ROSA

ROSA. Diga usted. ¿Me puedo sentar?

LINO. Sí, siéntate y almuerza. (Rosita se sienta, y de una cestita saca provisiones y come.)

ROSA. ¡Ya tenía hambre!

LINO. Es la inocencia elevada al cubo.

ROSA. (Sentándose junto á la mesa.) Diga usted. ¿Puedo servirme un vasito de agua?

LINO. Aunque sean dos. (Se acerca á la mesa.) Por lo visto iban á almorzar.

ROSA. ¡Qué olor tan rico despide todo esto!

LINO. Efectivamente. (Oliendo.) ¡Buena cocinera!

ROSA. ¡Y qué tortilla! ¡Me dan unas ganas de probarla!

LINO. (Qué dulzura tan dulce.) ¡Bueno! ¡Pruébala, pero sin abusar! Corta un pedacito.

ROSA. Así, ¿eh? (Corta y come.) ¡Qué rica está! (Con la boca llena.)

ESCENA VIII

DICHOS; LUIS, con sombrero.

LUIS. ¿Don Lino? ¿Es usted? ¡Qué agradable sorpresa!

LINO. ¡Caballero! No soy amigo de efusiones hipócritas. Un asunto gravísimo me obliga á poner los piés en esta casa. En cuanto cumpla mi misión, me retiraré.

LUIS. ¿De qué se trata?

LINO. De lo que á usted no le importa. Es un asunto entre mi hija y su padre. Ni más ni menos.

LUIS. Bien, bien. No quiero saber nada. ¡Ea! ¡olvide usted sus rencorcillos infundados, y hagamos las paces! Venga un abrazo.

LINO. ¡Jamás!

LUIS. Pero, señor, ¿qué ha ocurrido entre nosotros? ¿Por qué se muestra usted tan enfadado?

LINO. Por dignidad y por consecuencia. Yo me opuse á su boda de usted, y, sin embargo, usted se casó con Emilia.

LUIS. Eso sucede diariamente. Hay muchos padres que se oponen, y luégo cuando no hay remedio, perdonan. La misión de un padre es esa. Olvidar y perdonar.

LINO. Pues yo no cedo aunque me emplumen. Ni olvido ni perdono, ni... Vamos, que, ó se marcha usted, ó tomo la puerta.

LUIS. No, no. Me iré yo. Conste que hice lo posible por arreglar este asunto de familia. Usted sigue en sus trece, ¿no es esto?

LINO. En mis trece y en mis catorce, y llego á un millón si es preciso.

LUIS. Bueno, bueno. No insisto. De todos modos, queda usted en su casa. ¡Adiós, papá!

LINO. Oiga usted. Cuidado con decirme papá.

LUIS. ¿Acaso no lo es usted?

LINO. No señor. Entre nosotros no existe parentesco alguno.

LUIS. Bueno. Retiro la palabra. ¡Adiós, señor don Lino!

LINO. Eso. Pocas bromitas.

LUIS. (¡Já! ¡já! ¡já! Vaya un tipo.) (Vase por el foro.)

ESCENA IX

DON LINO y ROSA; después EMILIA

LINO. Nadie podrá decir que soy débil ni que me ablando. ¡Ese yerno incivil! (Reparando en Rosita.) ¡Pero hija, te has zampado toda la tortilla!

ROSA. ¡Y si viera usted la sed que me ha dado!

LINO. ¿Te ha dado sed? ¡Pues bebe, bebe agua!

ROSA. Mejor sería vino.

EMILIA. ¡Papá de mi alma!

LINO. ¡Hija de mi corazón!

EMILIA. ¡Cuántos deseos tenía de abrazar á usted!

LINO. ¿Pues y yo?

EMILIA. ¡Y qué alegría siento al verle en mi casa!

LINO. Me trae un asunto tan importante como grave. Es preciso que hablemos.

EMILIA. Yo también deseo hablar con usted.

LINO. Aguarda un poco. Rosita, hija mía, acércate.

ROSA. (Acercándose.) Muy buenos días.

EMILIA. ¿Quién es esta joven?

LINO. ¿No la recuerdas? Mi ahijada... Rosita Cascoduro... La que vino conmigo del pueblo.

EMILIA. ¡Ah, sí! ¡La Cascoduro!

LINO. ¿Qué te parece?

EMILIA. Muy guapa y muy simpática.

LINO. Saluda, Rosita.

ROSA. Es favor...

LINO. Bueno, pues mientras hablo con mi hija, retírate un momento. Que pase á cualquier habitación.

ROSA. Me iré á la cocina.

LINO. Sí. Allí estarás más distraída. Anda.

EMILIA. Por este lado, á la derecha.

ROSA. Hasta luégo. Que ustedes lo pasen bien. ¡Ya huele! ¡Ya huele! (Vase por el foro.)

ESCENA X

DON LINO y EMILIA

EMILIA. ¡Vaya! Ya estamos sólos Siéntese usted y hablemos (Se sientan cerca de la mesa.)

LINO. Corriente. Habla primero.

EMILIA. No, no. Primero usted. Sepamos qué asunto es el que le ha traído á mi casa.

LINO. ¿Te empeñas en que hable yo antes?

EMILIA. Usted es mi padre y le corresponde. Luégo le contaré á usted lo que me sucede.

LINO. Bien, como gustes Mucho he dudado antes de decidirme á dar paso semejante; pero .. tú me conoces. Mi moralidad, mi bondad, mi severidad, han sido siempre indestructibles.

EMILIA. Es cierto.

LINO. Á rígido no me gana nadie; podré ser mal boticario, pero como hombre, soy indisoluble.

EMILIA. Al grano, papá.

LINO. Ya sabes que al morir Cascoduro me hice cargo de esa pobre niña y me vine á Madrid con ella.

EMILIA. Lo recuerdo.

LINO. Como te casaste en contra de mi voluntad, y antes hubiera tomado ácido prúsico que habitar con el pillo de tu marido, puse un cuartito ahí cerca, y en él hemos pasado todo este tiempo, yo, Rosita y una antigua sirviente.

EMILIA. Ya lo sé, papá.

LINO. ¡Quién hubiera podido figurarse! ¡Ya se ve! La pobre niña me ha visto diariamente. Nos hemos tratado con la natural intimidad, y es claro, ¡un corazón tan puro! ¡un alma tan inocente y candorosa!... En fin, yo no lo esperaba, pero esa chica se ha enamorado de mí.

EMILIA. ¿Eh?

LINO. Completamente enamorada.

EMILIA. ¿Es posible? ¿En qué lo ha conocido?

LINO. En todo. Verás. Cuando por las mañanas me sirve el chocolate, se pone como un pimiento de la Rioja. La doy una sopa y se ríe. ¿Qué más pruebas?

EMILIA. ¡Ah! ¿Y sólo por eso cree usted?...

LINO. Y por otras cosas. Si entro en la habitación donde ella está, se marcha. Si la miro de frente, baja los ojos, y si no la miro, los sube. En cuanto la contrario, rompe lo primero que coge, y su excitación nerviosa

es tan grande, que en dos días me ha roto dieciséis platos y tres soperas. ¡No te quepa duda! Su pasión es volcánica.

EMILIA. ¿Usted lo cree así?

LINO. ¡Ya lo creo que lo creo!

EMILIA. ¡Bueno! Adelante.

LINO. Tú comprenderás que mi honor, mi moralidad y mi delicadeza no pueden permitirme seguir viviendo al lado de ese ángel.

EMILIA. ¡Bah!

LINO. Yo soy un hombre honrado, incapáz de cometer la más pequeña falta. Por eso quiero separarme de esa joven y por eso he pensado colocarla aquí al lado tuyo. Puede hacerte compañía y hasta casi servirte de doncella. La chica es lista; cose, plancha y hasta lava. De este modo irá poco á poco olvidándome, y mi conciencia quedará tranquila.

EMILIA. ¿Y no es más que eso? ¡Pobre papá!

LINO. ¿Aceptas á Rosita?

EMILIA. ¡Con gran placer!

LINO. Aquí vivirá en santa paz... porque hay más todavía. Figúrate que la muchacha suele asomarse al balcón. ¿Quién va á impedírselo? Pues frente por frente se asoma al suyo... ¿Á que no sabes quién se asoma? Aquel pollo enclenque que te hacia la corte. Aquel don Manolito que te perseguía... Supongo que no vendrá por aquí.

EMILIA. No he vuelto á verle desde entonces.

LINO. El muy tunante la molesta haciéndola telégrafos y lanzándola miradas incendiarias. Ella toda confusa...

EMILIA. ¿Se retira del balcón?

LINO. No. Pero se sofoca... Se sofoca mucho.

EMILIA. Bien, bien: no tema usted. Rosita vivirá desde hoy conmigo, y la serviré de madre.

LINO. Gracias. No esperaba menos de tí. Cuéntame ahora tus penas. Dime lo que ocurre.

EMILIA. Lo que ocurre es algo más grave, papá.

LINO. ¡Demonio!

EMILIA. ¡Soy muy desgraciada!

LINO. ¿Tú? ¿Por qué causa?

EMILIA. Mi esposo tiene una querida.

LINO Digo, ¿eh? ¡Me alegro! (Frotandose las manos.)

EMILIA. ¡Papá!

LINO. Perdona. Fué un rasgo de vanidad. La satisfacción del amor propio. No me equivoqué al juzgarle. Vamos á ver. ¿Sabes que tiene una querida?

EMILIA. ¡Lo presumo!

LINO Basta, y aun sobra.

EMILIA. Todos los días, á las tres de la tarde, recibe á una señora tapada.

LINO. ¡Cómo! ¿Aquí? ¿En el domicilio conyugal?. . ¡Qué escándalo!

EMILIA. Él dice que es una de sus clientes, viuda, que persigue la herencia de su difunto.

LINO. Á quien persigue es al vivo.

EMILIA. Se encierra con ella en el despacho dos ó tres horas, y prohibe que se le interrumpa. ¡Dice que están consultando!

LINO. Consultando, ¿eh? ¡Ya, ya! Es necesario saber quién es esa señora, y lo sabremos: déjalo á mi cargo.

EMILIA. ¿Será usted tan bueno?

LINO. Sí, y al mismo tiempo tomaremos algunos informes sobre tu marido.

EMILIA. ¿Sobre mi marido?

LINO. Es natural. Tú apenas le conocías cuando te casaste, y será conveniente saber quién es ese caballerete.

EMILIA. ¡Oh! En cuanto á eso...

LINO. Es indispensable. El otro día leí en un periódico, que una señora respetable se habia casado con un presidiario... por equivocación.

EMILIA. ¿Y supone usted?...

LINO. ¡Quién sabe! Pronto averiguaremos...

EMILIA. (Deteniéndolo.) ¿Dónde va usted?

LINO. Voy á disponer que trasladen la ropa de Rosita y sus

muebles. Vuelvo en seguida. En cuanto á tu esposo, luégo empezaré mis pesquisas. ¡Y si es un verdadero tunante!... Adiós. ¡Tu padre velará! (Vase por el foro.)

EMILIA. Sí, sí; será preciso tomar una determinación. Yo no puedo vivir así. Luis no me ama. Estoy segura. Voy á ver lo que hace Rosita por allá dentro. ¡Dios mío! ¿si tendrá razón mi padre? ¿Si resultará un infame mi marido? (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA XI

RAMÓN; MANOLITO, por el foro.

RAMON. ¡Calle! ¡Pues no está aquí la señora! Sírvase usted tomar asiento. Voy á pasarla recado. (Vase.)

MAN. ¡Ea! Valor. Vengo resuelto á emprender la campaña. Recuerdo que hace poco tiempo me contó, no sé quién, una farsa, un truc inventado por él para introducirse en casa de un abogado, á cuya mujer le hacía el amor. El marido de Emilia también es abogado, y voy á emplear el mismo truc que inventó el otro amante. Me dirán que esto es un plagio. ¿Y qué? Hoy es moda plagiar.

ESCENA XII

MANOLITO y EMILIA

EMILIA. ¡Qué veo! ¿Es usted?

MAN. Soy yo, adorada Emilía. Como no nos hemos visto desde antes de su enlace, no se acordará ya usted de mí. Pero yo la he seguido paso á paso. Su imagen ha permanecido aquí siempre. Esos divinos ojos... (Sale Ramón y se lleva las botellas. Manolito queda suspenso hasta que desaparece por la derecha.)

EMILIA. Caballero, ¿á qué viene usted aquí? ¿Con qué derecho se presenta en mi casa?

MAN. Con el derecho civil, señora. Vengo á consultar un pleito con su marido.

EMILIA. Entonces... (Ademán de irse.)

MAN. Un momento, Emilia; por favor, no se aleje usted. ¡Tengo tantas cosas que decirla!... (Vuelve á salir Remón. El mismo juego hasta que se marcha.)

EMILIA. ¿A mí?

MAN. Crea usted que yo estaba dispuesto á unirme con usted en lazo tan estrecho como indisoluble, pero otro fué más afortunado, y se llevó ese tesoro.

EMILIA. Suplico á usted que abandone un lenguaje...

MAN. ¡Ah, Emilia! ¡Si hubiese sido yo el afortunado! Por mucho que su marido la ame, por mucho que la distinga, nunca será lo que para usted hubiera sido yo.

EMILIA. La canción de siempre. Lo que juran todos los hombres antes de la boda Así me hablaba el otro, y luégo su pasión se trueca en desvío.

MAN. Eso, nunca.

EMILIA. Su amor profundo en indiferencia.

MAN. Yo no soy indiferente. Créalo usted.

EMILIA. Ahora todas son palabras dulces y suspiros tiernos. Después, dominio absoluto.

MAN. ¡Jamás!

EMILIA. Un marido grave, exigente y dormilón.

MAN. ¿Yo dormilón? (¿Quién le habrá dicho que soy dormilón?)

EMILIA. Conozco el sistema.

MAN. Le juro á usted que no duermo nunca. Mi sistema no es ese. ¿Quién se atrevió á calumniarme de semejante modo?

EMILIA. (Viendo á Luis.) ¡Mi marido!

MAN. (¡Su marido!)

ESCENA XIII

DICHOS; LUIS, por el foro, y RAMON

Ramón coge el velador y lo retira al foro, marchándose.

LUIS. ¡Felices!

MAN. ¿Eh?

LUIS. Servidor de usted. ¡Calla!

MAN. ¿Es usted?

EMILIA. ¡Mi esposo!

MAN. ¡Ah! ¿Usted es su esposo? (Muy turbado.)

LUIS. Si no me engaño, nos vimos hace tiempo en casa de Emilia.

MAN. Sí señor. Lo recuerdo. ¡Vaya si lo recuerdo!

EMILIA. Este caballero venía á buscarte.

LUIS. ¡Hola!

MAN. Efectivamente. Yo venía á... (Me estoy poniendo colorado.)

LUIS. (A Emilia.) ¿Y para qué me buscaba este tipo que te hizo antes la corte?

EMILIA. Pregúntaselo á él .. (Tendrá celos...)

LUIS. ¿Puedo saber, caballero, el motivo de?...

MAN. Naturalmente El motivo es... (¡Debo estar como un pavo!) un pleito. Vengo sobre un pleito que pienso entablar.

EMILIA. (Interrumpiéndole.) ¿Y esta primavera, no irá usted á París, amigo don Manuel?

MAN. No; no señora. (Con intención.) La estación de las flores creo que se ha trasladado á Madrid este año.

EMILIA. (Sonriendo.) En ese caso...

LUIS. (¿Qué tiroteo es este? ¡Estos imbéciles son á veces peligrosos!)

EMILIA. ¿Supongo que vendrá usted á vernos con frecuencia?

LUIS. (¿Eh? ¿Qué dice?)

EMILIA. ¿Es usted *dilettanti*?

MAN. ¡Oh, con delirio!

EMILIA. ¿Qué música prefiere usted?

MAN Todas. Desde la celeste, hasta el organillo.

LUIS. Bien, bien. Dejemos la música por ahora. Dispénsame, querida mía, pero tenemos que tratar asuntos serios, y es necesario...

EMILIA. Comprendo. Y dejo á ustedes solos. ¡Caballero!

MAN. ¡Señora!

EMILIA. (¡Está celoso! ¡Aún no se ha perdido todo!) (Vase por la primera de la derecha.)

MAN. (¡Es deliciosa!)

LUIS. (Coge una silla y la coloca con furia en el centro de la escena.) ¡Siéntese usted!

MAN. (Sobresaltado.) ¡Ay!

ESCENA XIV

LUIS y MANOLITO

LUIS. Ya estamos solos. ¿De qué se trata?

MAN. (Serenidad y audacia.) Hé aquí el asunto: yo tengo un molino que no muele.

LUIS. (Asombrado.) ¿Qué?

MAN. Este molino está puesto en movimiento por un río que no tiene agua.

LUIS. (¡Demonio! Este pleito es el mío. ¡Ah! ¡pillo!)

MAN. Y este río no tiene agua, porque un vecino ha levantado su casa á veinte metros de la orilla, y todo el caudal de las aguas viene á depositarse en los sótanos.

LUIS. ¿Toda el agua?

MAN. ¡Toda! Como es natural, falto de la fuerza motríz, el molino se para, y cuando se para no muele.

LUIS. (¡Yo sí que te voy á moler las costillas!)

MAN. ¿Comprende usted el negocio? ¡Ya se adivina que es un asunto intrincado!

LUIS. ¡Y húmedo!

MAN. Mucho. La cosa es embrollada, ¿eh?

LUIS. ¡Cá! no señor; esto se arregla en seguida dándole á usted un par de puntapiés.

MAN. ¡Pero señor mío!...

LUIS. Ese molino, no existe.

MAN. ¡Caballero!

LUIS. Esa es una historia que ha leído usted en un periódico.

MAN. (¡Caracoles! ¡Es verdad!)

LUIS. ¿Conque es decir que usted viene aquí por mi mujer?

MAN. No; no señor, de ninguna manera ..

LUIS. ¡Basta! ¿Ve usted ese balcón? ¡Pues soy muy capáz de hacerle á usted saltar por ahí!

MAN. ¡Señor don Luis!...

LUIS. ¡Cabeza abajo, se entiende!

MAN. ¡Y es un tercer piso!

LUIS. ¡Pero no hay entresuelo!

MAN. ¡Gracias de todos modos!

LUIS. Concluyamos. Si usted no viene aquí por mi esposa, ¿por quién viene usted?

MAN. Yo vengo, vengo... (¿Por quién vengo? ¡Ah, qué idea!) Yo vengo por la doncella.

LUIS. ¿Por la doncella? ¡Falso! ¡Voy á tirarle por el balcón! (Cogiéndolo de un brazo.)

MAN. ¡Misericordia! Juro á usted que es por la muchacha. Vengo á decirla que se casa hoy una hermana suya.

LUIS. ¿Una hermana suya?

MAN. Si señor; que está de cocinera en casa de mi mamá, y vengo á buscarla para que asista á la boda. (¡No sé lo que me digo!)

LUIS. Ahora lo veremos. (Toca el timbre y aparece Ramón.) Diga usted á la doncella de la señorita, que venga. (Vase Ramón.)

MAN. (Dios mío de mi vida, y yo que no conozco á esa doncella.)

LUIS. (¡Le voy á extrangular!)

ESCENA XV

DICHOS; ROSA y RAMÓN

LUIS. ¿Es esta la doncella de la señorita?

RAMON. Sí señor. La recibió esta mañana. (Vase.)

MAN. (Volviéndose de espaldas.) (¡La bomba!)

ROSA. (Avanzando.) (¡Calle, el vecino de enfrente!) Señor don Manolito...

MAN. (Volviéndose rápidamente.) ¡Rosita! (Me he salvado.)

LUIS. (¿Qué es esto? ¡Se conocen!) ¿Conoce usted á este caballero?

ROSA. Ya lo creo, mucho.

MAN. Como que su madre ha sido mi nodriza.

ROSA. ¿Mi madre?

MAN. (Bajo.) No me desmienta usted.

LUIS. ¿Parece que su hermana de usted se casa hoy?

ROSA. ¿Mi hermana?

MAN. ¡Cabal! ¡La mayor! ¡Eso es! Y vengo á buscarla á usted para que asista á la boda, si sus señores le conceden permiso para ello.

ROSA. (¿Qué querrá decir?)

LUIS. ¡Ah! ¿Era cierto?

MAN. ¡Y tan cierto! ¿Verdad que era cierto? (A Rosa.)

ROSA. ¡Muy cierto! (¿Qué será lo cierto?)

LUIS. (¡Y yo dudaba de mi mujer! Voy ahora mismo á pedirla perdón.) Bueno, bueno. Vaya usted en seguida. ¡Dispense usted, amigo mío! Creí que era usted un tunante.

MAN. ¡Qué atrocidad! (¡Y lo soy!)

LUIS. Asista usted á la boda. Eso es muy natural. Adiós... ¡Y que sean muy felices!... (Sale por la primera de la derecha.)

ESCENA XVI

MANUEL y ROSA

MAN. (¡Me he salvado!)

ROSA. ¿Quiere usted explicarme lo que esto significa?

MAN. Muy sencillo. Verá usted. Esto significa... (¿Qué demonio significa? ¡Ah! ¡Buena idea!) Que su padrino de usted está abajo en el portal y quiere verla á usted inmediatamente. Suba usted, me dijo, é invente usted cualquier historia para que la dejen salir. Por eso inventé lo de su hermana.

ROSA. ¿Pero, por qué no sube mi padrino?

MAN Por. . porque creo que ha reñido con la familia. ¡Vámonos! Vámonos á escape.

ROSA. Y dice usted que está abajo...

MAN. Abajo... ¡Muy abajo!

ROSA. Entonces, obedezco.

MAN. Andando. (¿Y qué hago yo con esta criatura? La daré esquinazo en la escalera.) (Vanse por el foro.)

ESCENA XVII

EMILIA y LUIS

EMILIA. ¡Es inútil! No mereces perdón.

LUIS. Te juro, Emilia, que fué un arrebato. Al ver aquí á ese mequetrefe, tuve una sospecha, que luégo se ha desvanecido.

EMILIA. ¡Ah! ¿Quieres que disimule tus sospechas injuriosas y sin embargo alientas las mías?

LUIS. ¡Yo!

EMILIA. ¡Usted; sí señor! ¿Quién es esa mujer?

LUIS. ¿Qué mujer?

EMILIA. ¿Por qué te visita diariamente?

LUIS. Ya te lo he dicho. Es una viuda. Una litigante. Se trata de un pleito. El abogado no se pertenece.

EMILIA. ¡Falso! Aquí no hay pleito que valga. ¡Lo que hay es un crimen monstruoso!

LUIS. ¡Por las Once mil Vírgenes!

EMILIA. Sí señor. ¡Y quieres que tu título de abogado sirva de pantalla! ¡Para eso ha estudiado usted una carrera! ¡Para engañar con ella á su mujer!

LUIS. ¡Qué disparate!

EMILIA. ¡Qué dirían de usted en la Universidad si supiesen esto!

LUIS. ¡Se ha vuelto loca!

EMILIA. ¡La culpa tuve yo por no haber hecho caso de mi papá! Porque mi papá presintió todo esto. ¡Es un calavera! me repetía. ¡No te cases!—¡Pero si le quiero mucho, papá!—¡No importa!—¡Y es muy guapo, papá!—¡Luégo se pondrá feo! (Llorando mucho.) ¡Y decía la verdad!

LUIS. ¿Cómo la verdad? ¡Vamos! Es cosa de perder la paciencia. ¿Qué pruebas tienes de mi falsía? ¿En qué se funda esa suposición extravagante y ridícula? ¿Qué motivos existen para sospechar de mi conducta?

ESCENA XVIII

DICHOS y DON LINO

LINO. Motivos poderosos y concluyentes.

LUIS. ¿Eh?

LINO. Sí señor. (Aprovechemos la ocasión.) Hija mía, tu esposo es un pillastre de siete suelas.

LUIS. ¿Qué dice usted?

LINO. Acabo de enterarme de todo. ¡Te engaña!

EMILIA. ¡Dios mío!

LINO. ¡Te engaña con la cliente! Ya sé dónde vive. Me lo han contado ce por be.

LUIS. ¡Calumnia!

LINO. La persigue sin tregua, no sale de su casa, y ya le conocen en el barrio.

LUIS. ¡Qué modo de mentir!

LINO. Vuestra separación es inevitable. Yo no puedo dejarte en poder de un hombre semejante. ¡Ó tu padre, ó el abismo! ¡Elige, hija mía! ¡Ó salvarte en mis brazos, ó caer despeñada!

LUIS. ¡Señor don Lino!...

LINO. ¡Ya se ve! ¡Tú eres una inocente! ¿A que no le has registrado nunca los bolsillos?

EMILIA. ¡Nunca, papá!

LINO. Mal hecho. ¡Tu madre registraba siempre los míos!

LUIS. ¡Ah! ¿Buscaba pruebas de su dobléz?

LINO. No señor. Buscaba dinero. ¡Yo fuí un ángel! ¡Nada, nada! Vente á mi casa, y que se chinche aquí solo. ¡Ó tu padre, ó el despeñadero!

EMILIA. (Aunque no sea más que por darle una lección.) ¡Corriente! ¡Me marcho con usted.

LINO. Eso. Estando á mi lado, no hay miedo de que os arregléis. Ya tomaré mis medidas.

LUIS. ¡Esto es irresistible! ¡Comprendo lo que pasa! ¡Usted quiere influir en el ánimo de su hija para que me desprecie, para que me humille! ¡Está bien! ¡Que se marche! ¡Recobremos nuestra libertad! ¡Ancha Castilla!

LINO. ¡Y tan ancha! ¡Andando, hija mía!

EMILIA. (Poniéndose el sombrero.) Vamos, papá.

LINO. Aguarda. Avisaremos á tu doncella. ¡Yo no puedo dejar aquí á esa pobre niña! (Llamando.) ¡Rosa! ¡Rosita! ¡No contesta!

EMILIA. ¡Ramón! ¡Ramón!

ESCENA XIX

DICHOS y RAMON

RAMON. ¿Quién llama?

EMILIA. Dí á Rosa que venga.

RAMON. ¿Rosa?

EMILIA. Sí, hombre; esa joven, esa doncella que vino hace poco.

LUIS. ¿La doncella? Se ha marchado.

LINO. ¿Cómo que se ha marchado?

LUIS. ¡Sí señor! Con el otro.

LINO. ¿Con el otro?

RAMON. ¡Cabal! Con el joven que vino esta mañana á buscar á don Luis.

LINO. ¡Zambomba!

EMILIA. ¡Con Manolito!

LINO. ¿Qué oigo? ¿Manolito? ¿El de enfrente? ¡María Santísima! ¡Un rapto! (A Luis.) ¡Usted tiene la culpa!

LUIS. ¿Yo?

LINO. ¡Usted la ha pervertido! ¡Pillo! ¡Tunante! (Tirándole un almohadón del sofá.)

EMILIA. ¡Calaverón! (Idem otros.)

LINO. (Marchándose con Emilia.) ¡Voy á dar parte á la justicia!... ¡A a me las pagará usted!

EMILIA. ¡Mónstruo!

LINO. ¡Pecaminoso! (Vanse.)

RAMON. ¿Se marchan, señorito?

LUIS. ¡Hasta nunca! (Vase.)

RAMON. ¡Magnífico! ¡Voy á pasarme la gran vida! (Sentándose en el sofá.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncito elegante en casa de Luis. Puerta al foro y laterales. Piano á la derecha.

ESCENA PRIMERA

UN CRIADO; luégo, LUIS

CRIADO. Me parece que todo se halla en orden y bien dispuesto.

LUIS. (Primera de la derecha.) ¿Has terminado?

CRIADO. Sí señor.

LUIS. (Recorriendo el cuarto.) Muy bien: la música... sus esencias favoritas y el ramo de rosas y camelias. Perfectamente. Márchate y... ya sabes. En cuanto oigas llamar, abres en seguida, y conduces aquí á la persona que se presente.

CRIADO. Descuide usted, señorito. (Vase por el foro.)

ESCENA II

LUIS

¡Después de treinta días de separación, conozco que amo á mi mujer con toda mi alma! ¡Me da rubor hasta

de confesármelo á mí mismo! A los quince días de nuestra ruptura, ya no tenía más pensamiento que hacer de nuevo su conquista. Desde entonces me paseo todos los días debajo de sus balcones, y la sigo en las calles, á todas partes. ¡Mi papá suegro, el hombre de la línea recta, me echa miradas furibundas, y eso me incita más! Desde hace quince días he comenzado el sitio en regla. ¡La envío ramilletes y cartas perfumadas y he sobornado á su portera, es decir, á la mía, para que me ayude! ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Decididamente tiene gracia eso de sobornar á la portera, para hacerle uno la corte á su mujer! Al tercer billete noté que Emilia se vestía con más elegancia, se observaba en ella el deseo de agradar, y pasaba por mi lado sin mirarme. ¡Esto es un buen síntoma! Por fin, ayer me decidí á citarla y por la noche recibí esta carta, perfumada como su aliento, breve como la dicha. (Lee.) «Accedo. Mañana á las diez; pero no perdono.» ¡No me perdona, pero viene! No sé que tengo, siento una emoción tan extraña. Tiemblo á mi pesar. ¡No parece sino que voy á cometer una mala acción! (Mirando el reloj.) Las diez y cuatro minutos. ¡Oh! ¿si no vendrá? (Campanilla.) No, ¡es ella! ¡Es ella! Lo he conocido en el vuelco que me ha dado el corazón.

ESCENA III

LUIS y un CRIADO

CRIADO. ¡Señorito!

LUIS. ¡Que pase! Que pase en seguida. Es ella, ¿no es verdad?

CRIADO. No señor, no es ella. Es él.

LUIS. ¿Como él?

CRIADO. Un joven que desea hablar con usted.

LUIS. Dí que no estoy en casa.

CRIADO. ¡Imposible! Acabo de decirle lo contrario.

LUIS. ¡Torpe!

CRIADO. ¡Toma! Como me dijo usted que introdujese aquí á la persona que se presentara...

LUIS. ¡Maldito importuno! ¡En fin, ya no hay remedio! Que pase. (Vase el Criado.) Le diré que estoy ahora muy ocupado y que no me es posible...

ESCENA IV

LUIS y MANOLITO

MAN. ¿Se puede?

LUIS. ¡Eh! ¿Qué miro? ¿Es usted?

MAN. Me parece que sí.

LUIS. (¡Visita más extraña!)

MAN. Deseaba hablar con usted cuatro palabras, y...

LUIS. No siendo más que cuatro.. . Siéntese usted.

MAN. Gracias. Usted bueno, ¿eh?

LUIS. Sí señor, y usted también, ya lo veo. Adelante.

MAN. Pues francamente. Yo vengo á celebrar con usted una consulta.

LUIS. ¿Eh?

MAN. No, no es sobre el molino aquel, no señor, crea usted que ahora se trata de algo más grave.

LUIS. ¿Y por qué se dirige usted á mí en vez de buscar á otro abogado?

MAN. Porque el asunto le concierne á usted un poco.

LUIS ¡Hola!

MAN. Sí señor. Verá usted.

LUIS. Le suplico la brevedad. En este momento estoy tan ocupado...

MAN. Sí señor, sí. (¿Qué le ocupará en este momento?) Pues verá usted. Usted recordará que hace cosa de un año me presenté en su casa con un pretexto capcioso, lo confieso.

LUIS. ¡Caba! Y recuerdo también que si no llega usted á explicarse pronto, sale por el balcón.

MAN. Eso es. ¡Qué memoria tenemos tan privilegiada!

LUIS. Abrevie usted, abrevie usted.

MAN. Yo me marché con la doncella. Con Rosita.

LUIS. ¿Se llama Rosita?

MAN. Rosita Cascoduro.

LUIS. No lo sabía. Adelante. Usted se fué con la doncella, de la que estaba enamorado.

MAN. No señor. Digo, sí señor. En fin, verá usted. La verdad es que la chica me gustaba, pero mi amor entonces no era grande. Yo le había hecho telégrafos, y repito que me gustaba á pesar de su aire de pueblo y de su excesiva candidéz; pero aquel dia... el día que me la llevé conmigo...

LUIS. ¡Abrevie usted, hombre!

MAN. Eso hago. Aquel día, su inocencia, su virtud y un no sé qué indescriptible me sedujeron. Como Rosita no quería volver de ninguna manera en casa de don Lino...

LUIS. ¿Don Lino?

MAN. ¡Pues! Su suegro de usted. Ya sabe usted que Rosita es ahijada suya.

LUIS. ¿Ahijada de mi suegro? Ignoraba ese detalle.

MAN. Pues como ella no quería volver y yo no sabía qué hacer con ella, se me ocurrió depositarla por el pronto en casa de mi tía Remedios, que vive en el tercero, ahí arribita Ya la conocerá usted. La viuda de Cincocalles, un capitán de húsares.

LUIS. No le conozco, ni ganas.

MAN. Mi tía es muy buena, y en cuanto vió á Rosita, me dijo: «¡déjamela, Manolito! La trataré como á una hija. Arregla el asunto despacio y aquí puedes verla siempre que quieras.» Y, en efecto: allí nos hemos visto veinte ó treinta días, y lo que empezó por poco, ha ido haciéndose mucho, hasta el punto de hallarnos enamorados mútuamente.

LUIS. Pero señor, ¿qué me importa á mí todo eso?

MAN. Pues verá usted. Yo no me atrevo á hablar con don

Lino, así... de sopetón. Necesito una persona que intervenga y que le sondée... Ayer supe, por casualidad, que vivía usted en esta casa, y me dije: pues ¿quién mejor que su yerno? Lo que no consiga un yerno no lo consigue nadie. Y por eso decidí presentarme á usted y hablarle con brevedad.

LUIS. ¡Ah! ¡Vamos! Ahora comprendo...

MAN. ¿Lo ve usted? En cuanto uno se explica...

LUIS. Pues amigo mío, siento mucho decirle... (Campanilla.) ¡Gran Dios! (Se levanta.)

MAN. ¿Eh?

LUIS. (¡Ella! ¡Debe ser ella!)

MAN. (¿Qué le habrá dado?)

LUIS. ¡Es preciso que no la vea!)

ESCENA V

DICHOS y el CRIADO

CRIADO. Señorito...

LUIS. (Bajo.) ¿Quién es?

CRIADO. Una señora tapada.

LUIS. (Emilia.) Díle que pase. (Vase el Criado.) Caballero... Tenga usted la bondad de entrar en aquel gabinete y aguarde usted cinco minutos.

MAN. Con mucho gusto. No tengo prisa ninguna.

LUIS. Luégo terminaremos nuestra entrevista.

MAN. ¡Nada, nada! No hay prisa. ¡No abrevie usted, no abrevie usted! (Entra por la primera de la izquierda.)

ESCENA VI

LUIS; EMILIA, por el foro.

EMILIA. ¡Luis!

LUIS. (Abrazándola con efusión.) ¡Emilia!

EMILIA. (Desasiéndose.) Aparta, déjame... vengo asustada: ¡si me han visto entrar!... Creo que me seguía alguien.

LUIS. ¡Eh! ¡qué te importa!... Tranquilízate.

EMILIA. No, no puedo; lo que hago está mal hecho; demasiado lo comprendo. (Levantándose el velo.)

LUIS. ¡Qué niña eres!

EMILIA. Le prohibo á usted que me tutee, caballero.

LUIS. ¿Cómo? ¿Acaso no soy tu marido?

EMILIA. ¡Oh! ¡no diga usted eso! ¡Yo no le amo á usted!

LUIS. ¿Es posible? ¡No te creo! Vamos, te serviré de doncella... el sombrero. (Se lo quita y lo coloca sobre la mesa.)

EMILIA. (Olvidándose de su papel.) Toma el abrigo. (Queda en un traje de calle muy elegante.)

LUIS ¡Encantadora!

EMILIA. ¡Luis! ¡Qué mal peinada estoy, Dios mío! (Se arregla.)

LUIS. No sabes cuánto agradezco tu visita.

EMILIA. Sí, pero aunque he consentido en venir aquí, no por eso te perdono, ¡conste!

LUIS. Sí, ya hemos convenido en eso.

EMILIA. No lo olvides.

LUIS. ¡Jamás! (Cogiéndola una mano.)

EMILIA. (Retirándola.) Esa es la palabra. Si me he decidido á venir, ha sido para darte una satisfacción.

LUIS. ¡Inmensa!

EMILIA. Y reconocer un error mío.

LUIS. ¡Imposible!

EMILIA. Sí, un error del cual tuve yo la culpa.

LUIS. ¿Tú? Tú jamás has tenido culpa de nada.

EMILIA. Me refiero á aquella cliente.

LUIS. ¿Doña Ursula? ¿Una vieja inaguantable?

EMILIA. Cabal. Y yo, suponía ..

LUIS. Ven, siéntatate aquí, á mi lado, como en los primeros días de nuestro matrimonio. (Se sientan.)

EMILIA. ¿A qué recordar? ¡Calle! ¡qué corbata tan bonita llevas! ¡Qué elegante!

LUIS. ¡El color que tú prefieres!

EMILIA. ¡No! Si crees que vas á engañarme con zalamerías...

LUIS. Lejos de mí tan malos propósitos. Pero quítate los

guantes. Parece que estás en una visita de cumplido. (Queriéndoselos quitar.)

EMILIA. No.

LUIS. Sí.

EMILIA. No.

LUIS. Vamos, dame ese gusto.

EMILIA. Porque no digas que soy testaruda... (Se los quita.)

LUIS. ¡Deliciosa! Así, tus manos pequeñitas, blancas como el ampo de la nieve...

EMILIA. (Levantándose.) ¡Já, já, já! ¿Poetizas ahora?

LUIS. (Idem.) ¡Eres cruel!

EMILIA. ¡Qué cuarto tienes tan elegante!

LUIS. Es natural. ¡Te esperaba en él!

EMILIA. ¡Adulador! ¡Magnífico piano!

LUIS. Conociendo tu afición...

EMILIA. ¡Hola! ¿Música?

LUIS. Sí. El último pensamiento de Weber, aquella melodía que me hacía tan felíz en los primeros días de nuestra unión.

EMILIA. Y que luégo te hacía dormir á los dos meses de...

LUIS. ¿A mí? ¡Pues si es una música divina! Siéntate, siéntate al piano.

EMILIA. No, ahora no.

LUIS. Te lo ruego...

EMILIA. Pero...

LUIS. ¿Quieres que te lo suplique de rodillas?

EMILIA. Conste que... (Sentándose al piano.)

LUIS. Sí, ya lo sé; que no me perdonas. ¡Toca, Emilia mía!

EMILIA. (Empieza á tocar y sigue hasta el campanillazo.) ¿Cómo?

LUIS. Como en aquellos días tan felices y tan...

EMILIA. Le prohibo á usted que me los recuerde.

LUIS. Como quieras. Pero ahora, como entonces, permite que yo aquí, de pié, á tu lado, vaya volviendo las hojas. (Campanillaze.)

EMILIA. ¡Jesús! ¡Dios mío!

LUIS. ¿Quién podrá ser?

EMILIA. Estoy temblando...

LINO. (Dentro.) ¡Le digo á usted que la he visto entrar!

EMILIA. (Aterrada.) ¡Mi padre!

LUIS. ¿De qué te asustas?

EMILIA. No quiero que nos encuentre juntos.

LUIS. ¿Y qué mal hay en ello? ¿Acaso no somos marido y mujer?

EMILIA. Sin embargo, te suplico que me evites este disgusto.

LUIS. ¿Disgusto?

EMILIA. Mi padre se burlaría de mí: de seguro me llamará tonta, débil... Mira, vete, y yo más tarde le diré...

LUIS. Casi tienes razón. Te dejo: me voy por la escalera de servicio.

EMILIA. ¡Adiós!

LUIS. Vuelvo pronto; despídele en seguida, y espérame. ¡Adiós! (Vase Luis por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VII

DON LINO; EMILIA, por el foro.

LINO. ¿Eras tú? Estaba seguro.

EMILIA. ¡Pero papá!

LINO. ¿Y ahora, desdichada, pretendes negar lo que estoy viendo? Lo comprendí hace días, y con la duda en el corazón y estas barbas postizas te he seguido.

EMILIA. ¿A mí?

LINO. Por todas partes y á todas horas. Tu conducta me inspiraba recelos, y los billetes perfumados, las flores, todos esos obsequios que recibes diariamente, me inspiraron una idea terrible, que ahora confirma tu presencia en esta casa.

EMILIA. ¿Qué quiere usted decir?

LINO. Quiero decir que deseas vengarte de tu marido.

EMILIA. ¿Yo? ¡Qué disparate!

LINO. Quise antes de subir preguntar á la portera, pero no estaba en la portería. ¡Nunca están en la portería! ¿Que haces aquí? ¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué estamos aquí?

EMILIA. ¡Cálmese usted! (¡No sé qué decirle!)

LINO. Reflexiona que el bribón de tu esposo puede enterarse de todo, y presentarse en esta morada con un juez y un escribano.

EMILIA. ¡Bah! Mi esposo no se preocupa de mí en lo más mínimo.

LINO. ¿Que no? Hace algunos días le he visto pasear tu calle con frecuencia. Pero, en fin, ahora no se trata de él, sino de tí. Confíamelo todo. ¿Quién es tu cómplice?

EMILIA. ¿Mi cómplice? ¿Pero usted se figura?...

LINO. Lo peor. Hay que ponerse siempre en lo peor.

EMILIA. Sepa usted, papá, que este cuarto pertenece á una de mis mejores amigas. A Juanita González. Ya la conoce usted.

LINO. Sí, mucho. (Ni de vista siquiera.)

EMILIA. Pues bien; Juanita, que está en los baños de mar...

LINO. (¡En Diciembre! ¡Ay, qué gracia!)

EMILIA. Me recomendó que durante su ausencia viniese de vez en cuando á abrir un rato los balcones y á sacudir el polvo.

LINO. Cabal, para ahuyentar la polilla.

EMILIA. Eso es.

LINO. ¡Qué demonio! (¡Cómo miente la hija de mi alma!)

EMILIA. Y ahí tiene usted.

LINO. ¡Desdichada!

EMILIA. ¿Cómo?

LINO. ¡Críe usted hijas; edúquelas usted; cáselas usted y véalas usted!... ¡Cuánto golpe, Dios mío! ¡Desde hace un mes ni como ni sosiego! ¡Mi hija por un lado, el pillo de su esposo por otro, y el rapto de aquella inocente que tanto afecto me profesaba! ¡Infelíz Rosita! ¡Qué habrá sido de ella! ¡En vano la busqué por todo Madrid! ¡Ni ella, ni el mequetrefe que la sacó de tu

casa, parecen por ninguna parte! Por supuesto que si logro pescar al pollo enclenque, me lo meriendo. ¡Daría por hallarle cuanto tengo! (Viendo los guantes de Luis.) ¡Calla! ¡Unos guantes de hombre!

EMILIA. (¡Los de Luis!)

LINO. ¿A quién pertenecen estos guantes?

EMILIA. ¿Estos... guantes?

LINO. (¡Y están calientes todavía!)

EMILIA. Deben ser del marido de Juanita.

LINO. ¿Cuándo se marcharon á los baños?

EMILIA. Hace dos meses.

LINO. (Pues ya han tenido tiempo para enfriarse.) (Manolito estornuda dentro.)

EMILIA. (¡Dios mío!)

LINO ¡Han estornudado por allí dentro!

EMILIA. No señor, no. Habrá sido el aire.

LINO. ¡Justo! El aire, pero salió por una nariz. Allí hay un hombre oculto. ¡Desgraciada! ¡Mis sospechas se realizan! ¡Allí está tu cómplice! ¡Hija perversa y desnaturalizada!

EMILIA. Pues bien; basta de fingimiento. Prefiero decir á usted la verdad.

LINO. ¡Gracias á Dios!

EMILIA. Aunque me riña usted y se incomode. Así como así, mi proceder es natural y cualquiera le disculparía.

LINO. Habla

EMILIA. Efectivamente, allí hay un hombre oculto.

LINO. Digo, ¿eh?

EMILIA. Pero ese hombre es mi marido.

LINO. ¿Tu marido? ¡Qué atrocidad!

EMILIA. ¿Lo duda usted?

LINO. ¡Quiá! ¡No lo creo!

EMILIA. ¿Cómo que no?

LINO. Ni pizca.

EMILIA Pues entre usted y se convencerá.

LINO. Que entre y...

EMILIA. Entre usted. ¡Vamos!

LINO. Pues sí que entro. (Entra por la primera de la izquierda.)

EMILIA. Prefiero acabar de una vez semejante farsa.

LINO. (Dentro.) ¡Pillo! ¡Tunante!

MAN. (Idem.) ¡Eh! ¡Que me hace usted daño!

EMILIA. ¿Qué es eso?

LINO. (Sacando á Manolito de una oreja.) ¡Venga usted acá, seductor de menores!

EMILIA. ¡Gran Dios!

LINO. Conque era tu marido, ¿eh?

EMILIA. ¡Manolito!

MAN. ¡No tire usted, caramba!

LINO. ¡Ah, grandísimo canalla! ¿Conque no sólo me robas á Rosita, sino que quieres robarme la tranquilidad y la honra de toda mi familia?

MAN. ¿Yo?

LINO. ¿Qué has hecho de ella? Responde.

MAN. ¿De su familia de usted?

LINO. No. De la inocente que te llevaste hace un mes... De aquel tesoro de bondad.

EMILIA. (Interrumpiéndolo.) ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué estaba usted encerrado en aquel cuarto?

MAN. ¿Yo? Por... la .. ¿Pero señor, qué lío es este?

EMILIA. Papá, le juro á usted que yo no sabía nada.

LINO. Buenas y gordas.

MAN. Ni yo tampoco. Yo no sé nada.

LINO. ¡Calla, saltamontes! ¡Nunca hubiera creído tal perfidia! ¿Cometer tamaña falta... y con quién? ¡Porque, en fin, si fuese un hombre, qué demonio! ¡Pero un mico semejante!

MAN. ¡Oiga usted!

LUIS. (Dentro da golpes en la puerta segunda de la izquierda.)

LINO. ¡Silencio!

MAN. Creo que han llamado.

EMILIA. Sí.

LUIS. (Dentro.) ¡Emilia!

EMILIA. ¡Mi marido!

LINO. ¡San Francisco! ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Cuando yo lo decía!

¡Viene con el juez, no hay duda! Y á usted lo ahoga.

MAN. ¡Cascarillas!... ¿Con el juez? ¿A qué vendrá con el juez?

EMILIA. Ya estuvo á punto, hace un mes, de matarle.

LINO. ¿Sí? Pues hoy remata la suerte.

EMILIA. (¡Qué compromiso!)

LINO. Escóndase usted.

MAN. ¿Otra vez? ¿Para qué?

LINO. ¡Ande usted, hombre de Dios!

MAN. ¿Pero qué será esto? (Se oculta en la primera de la izquierda.)

LINO. Y tú también. Ante todo, soy padre. Yo te salvaré.

EMILIA. Pero...

LINO. ¿No comprendes que tu honor es el mío? Ocúltate.

EMILIA. ¿Por qué vine á esta casa? (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA VIII

DON LINO; luégo, LUIS

LINO. (Abriendo la puerta.) Serenidad.

LUIS. (Calle. ¿Aún no se había marchado?)

LINO. Chist. Nada de ruído. Nada de escándalo. Emilia no es culpable.

LUIS. ¿Eh?

LINO. Sin duda los has seguido ó algún anónimo te ha puesto sobre la pista.

LUIS. (¿Qué dice este hombre?)

LINO. Pero te engañas. Te engañas... como un chino, hijo mío. Este cuarto pertenece á Juanita González, ya la conoces...

LUIS. ¿A Juanita González?

LINO. Sí. Se marchó con su esposo á los baños de mar, y suplicó á Emilia que viniese de vez en cuando á abrir las ventanas y espantar la polilla.

LUIS. (¿Qué significa esto?)

LINO. Y hoy, recordando el encargo, me dijo tu esposa:

«Papá, ¿quieres acompañarme en casa de Juanita? Es preciso echar un vistazo.» Y yo le contesté: «Como gustes,» y los dos... ¿Entiendes? Los dos nos dirigimos aquí, y, es claro... por eso nos hallas ahora.

LUIS. Pero ¿qué letanía está usted enredando?

LINO. (No cree una palabra. ¡Es natural! ¡Ni yo tampoco!)

LUIS. ¿Dónde está Emilia?

LINO. Allá; digo, allí.

LUIS. ¿Qué le pasa á usted? parece usted inquieto.

LINO. ¡Quiá! No lo creas... ¿A qué santo? (¡Como el otro vuelva á estornudar!)

LUIS. ¡Sabe usted señor don Lino, que me hace usted concebir sospechas horribles!

LINO. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué tontería! (Yo sudo.!

LUIS. Voy á buscar á Emilia. (Por la primera de la izquierda.)

LINO. ¡No! ¡Ahí no! No entres. Te lo suplico.

LUIS. ¿Que no entre en el gabinete? ¿Por qué? ¡Pronto! ¡Hable usted claro!

LINO. Porque... (¿Qué inventaría yo?) Porque en ese gabinete hay una mujer.

LUIS. ¿Una mujer?

LINO. ¡Caba! un arreglito de mi pertenencia.

LUIS. ¿Cómo?

LINO. ¡Chist! No me descubras. Comprende que todavía soy joven. Mi corazón palpita, sobre todo, en los meses de frío y... ¡Vamos! ¿para qué andar con fingimientos? Este cuarto es mío.

LUIS. ¿De usted? (¡Habrá embusterol)

LINO. Se lo alquilé á esa joven. Este es mi nido de amor.

LUIS. Su nido, ¿eh?

LINO. Como lo oyes.

LUIS. ¿Y paga usted mucho por el nido?

LINO. Doce duros mensuales y un duro de aguador.

LUIS. Es baratísimo.

LINO. De balde. ¡Me sale de balde! ¡Créelo!

LUIS. ¡Qué demonio!

LINO. (Creo que conseguí engañarlo.)

LUIS. ¿Sabe usted, querido suegro, que miente usted con un aplomo maravilloso?

LINO. ¿Qué dices?

LUIS. Digo, que no hay una sola palabra de verdad en lo que me ha referido. Que aquí existe un misterio, y que quiera usted ó no quiera, voy á ver quién se oculta en aquel gabinete.

LINO. ¡No! ¡Jamás! Prefiero revelártelo todo.

LUIS. Corriente. Pero le advierto á usted que cuando mienta lo conoceré en seguida.

LINO. ¿En qué?

LUIS. En su nariz de usted. A cada embuste se le tuerce á la izquierda. Es un movimiento nervioso que no puede usted dominar y que conozco desde hace mucho tiempo.

LINO. (¡Diablo!) Pues verás Hace algunos días, notaba yo que mi hija parecía preocupada, distraída. Se vestía con más elegancia que de costumbre y recibía muchas cartitas y muchos ramilletes.

LUIS. (¡Los míos!) Exacto.

LINO. No se me ha torcido, ¿eh? Continúo. Esta mañana la ví salir envuelta en un ancho abrigo y cubierto el rostro con un velo muy espeso... entonces, poniéndome unas gafas verdes y unas barbas postizas, me he lanzado en su seguimiento.

LUIS. ¡Muy bien!

LINO. He llegado á esta casa; la esperé en la calle, y al ver que tardaba, subí y he llamado á aquella puerta. (Señalando la segunda de la izquierda.)

LUIS. No, á aquella no. (Señalando al foro.) Ha llamado usted á la puerta principal.

LINO. (¡Maldita nariz!) Eso es, á la puerta principal. Reloj en mano, tardó en abrirme cerca de cuatro minutos.

LUIS. (Lo que he tardado yo en marcharme.) ¡Es verdad!

LINO. Al entrar la encontré turbada, violenta, presa de una

emoción extraña, me dijo que había venido aquí á sacudir los muebles de una amiga... pero cuando uno va á una casa á sacudir los muebles no tiembla por eso... ¿no es verdad?

LUIS. Generalmente, no.

LINO. Ni se viste uno elegante para hacer esa operación.

LUIS. No es la costumbre.

LINO. ¿Qué crees tú que he hecho yo, cuando me ha contado todo eso?

LUIS. No creerlo.

LINO. Justamente. Entonces han estornudado en ese gabinete.

LUIS. ¿Eh? ¿Cómo que han estornudado?

LINO. Sí señor, vea usted mi naríz.

LUIS. ¿Ha estornudado usted?

LINO. ¡No tal, digo que vea usted si se ha torcido! La interrogo...

LUIS. ¿A la naríz?

LINO. A Emilia, y me contesta temblando y ruborosa, que el hombre que había oculto era su marido.

LUIS. Esa es la verdad.

LINO. Entonces abro la puerta...

LUIS. ¿Y no encontró usted á nadie?

LINO. Sí señor, encontré al gomoso.

LUIS. ¿Qué gomoso?

LINO. A ese.. á... don Manolito.

LUIS. ¡Calla! (Es verdad. ¡Y yo le había olvidado!)

LINO. ¡Mírala! Más derecha que un huso. (Por la naríz.)

LUIS. Y era ese el hombre que... (¡Já, já, já! ¡Pobre don Lino!)

LINO. Pero ella es inocente.

LUIS. (¡Ya lo creo!) ¿Inocente? (Me voy á divertir un rato.) No tal. ¡Es una infame! ¡Estaban de acuerdo! ¡Voy á matar á ese hombre! (Yendo al gabinete.)

LINO. (Le coge. Luchan á brazo partido. Don Lino cae en la butaca.) ¡Zapateta!... ¡Calma! No te acalores...

LUIS. (Abriendo la puerta.) ¡Salga usted, miserable!

ESCENA IX

DICHOS y MANOLITO

MAN. Con mucho gusto.

LUIS. ¿Qué hace usted en ese cuarto? (Aparte á Manolito.) Asústese usted.

MAN. ¿Cómo?

LUIS. ¿Quién le ha traido á usted á esta casa? (¡Asústese usted, hombre!)

LINO. (Aparte á Marolito.) (Invente usted un embuste... Sálvela usted.)

MAN. (¡A que me vuelven loco!) Usted sabe perfectamente... (A Luis.)

LUIS. Yo no sé nada. (¡Que se asuste usted, hombre!)

MAN. (¡Vaya! ¡Bueno! Le daremos gusto.) (Fingiendo susto repentino.) ¡¡Ah!!

LINO. ¿Qué es eso?

MAN. Me estoy asustando.

LUIS. ¿Y no se avergüenza usted de hallarse entre nosotros?

MAN. ¿Yo?

LINO. Prudencia, Luis... (Lo va á extrangular.)

LUIS. Conque viene usted á caer furtivamente en este nido de amor, ultrajando lo que hay de más puro, de más noble...

LINO. ¡De más digno!

MAN. ¿Que me he caído de un nido? ¿Pero qué hablan ustedes?

LUIS. Pronto... ¿A qué ha venido usted á esta casa?

MAN. ¡Toma! Ya lo sabe usted. ¡Yo vine por ella!

LINO. (A Manolito.) ¡Calla, desgraciado!

MAN. ¡No quiero callar! Mis intenciones son rectas.

LINO. ¡Anda salero!

MAN. Y celebro mucho que usted se halle aquí para acabar de una vez.

LINO. ¿Cómo?

MAN. ¡Yo la amo, don Lino!

LINO. ¡Ave María Purísima!

MAN. En estos treinta días, conocí lo mucho que vale.

LINO. ¡Caballero!

LUIS. Déjele usted, déjele usted que acabe.

MAN. Es una flor silvestre, pero al fin una flor.

LINO. ¡Qué avilantéz, Dios mío!

MAN. Está arriba, señor don Lino.

LINO. No señor, abajo.

MAN. ¿Cómo? ¿Ha bajado?

LINO. ¡Pero hombre, si no ha subido!

MAN. Sí señor. Yo mismo la conduje en casa de mi tia Remedios, al cuarto tercero. Ya lo sabe don Luis.

LINO. ¿Qué dice este tunante?

MAN. Y le supliqué que intercediese con usted y que le sondeara.

LINO. ¡Que me sondeara!...

MAN. Sí señor. A fin de que no se opusiera usted á nuestra dicha.

LINO. (A LUIS.) ¡Mátalo, hombre! ¡Mátalo! Hazme ese favor.

LUIS. De ningún modo. Este joven me interesa mucho, y estoy decidido á protegerle. Acceda usted á sus deseos, papá suegro.

MAN. Hágalo usted por ella.

LINO. ¿Eh?

MAN. Por Rosita.

LUIS. ¡Caba! Por Rosita.

LINO. ¿Qué oigo? ¿Rosita? ¿Qué significa esto?

LUIS. Significa que es usted un tonto. Yo sabía muy bien que Manolito se hallaba oculto en aquel gabinete.

MAN. Como que usted mismo me introdujo.

LUIS. El pobre vino á suplicarme, que intercediese con usted para que no se opusiera á su boda con Rosita.

MAN. Que desde hace treinta días está arriba.

LINO. Mentira. Eso es falso.

MAN. Sí señor. En casa de mi tía. Allí la deposité, en

vista de su oposición á volver á su casa de usted.

LINO. ¿No quería volver á mi casa?

MAN. No señor. Dijo que antes la freían en vida.

LINO. ¿Digo, eh? ¡Críe usted ahijadas para esto!

LUIS. Bueno. Pues suba usted en casa de su tía y tráiga usted á Rosita. Es preciso que don Lino se convenza de la verdad.

MAN. Sí señor. En dos minutos. La digo que baje y nada más.

ESCENA X

DON LINO y LUIS

LINO. ¿Por manera que este cuarto...?

LUIS. Este cuarto es mío, querido papá, y mi esposa sólo vino á verme; pero como usted nos sorprendió á lo mejor y Emilia no quería disgustarle, de aquí el haber fingido esta ridícula comedia.

LINO. ¡Ya! ¿De modo que desde hace media hora os estáis divirtiendo conmigo?

LUIS. Sí señor.

LINO. ¡Qué gracia!

LUIS. Castigo justo á su inexplicable terquedad.

ESCENA XI

DICHOS, MANOLITO y ROSA

MAN. Entra, Rosita, entra; no tengas miedo.

ROSA. (Viendo á don Lino y echando á correr.) ¡El padrino!

MAN. (Deteniéndola.) ¡Aguarda! No te asustes. ¡Si ya lo sabe!

LINO. Venga usted acá, señorita. Hable usted. Explíquemelo todo.

MAN. ¡Anda! Explícaselo todo.

ROSA. Pues verá usted. La verdad es que entonces yo no sentía nada. Me hacía señas desde el balcón de enfrente, y me gustaba mucho verle asomado; pero no ha-

bía malicia. Luégo salimos juntos aquella tarde, y empezó á echarme flores y chicoleos y á hablarme como nunca me habían hablado. Entonces sentí aquí dentro... ¡qué sé yo! algo muy hondo que me obligaba á llorar y á reír y á ponerme colorada. Me dijo que me quería mucho y que necesitaba verme todos los días, y como yo necesitaba también verlo á él, decidimos buscar una casa honrada en donde nos viéramos mutuamente. Manolito me llevó á la de su tía, una señora más buena que el pan: ya la conocerá usted. Allí nos veíamos todas las mañanas... y todas las tardes... y todas las noches. Yo no sé explicarme como es debido, porque ni tengo instrucción ni... en fin, usted lo sabe. Pero poco á poco iba despertándome de un sueño, y ¡vea usted qué rareza! yo estaba muy alegre, y sin embargo lloraba mucho. Sentía... como ahora... algo que me apretaba la garganta y que me oprimía el alma. (Llora.) Pensaba en usted y en mi situación, y aquellas ganas de comer tan grandes se iban marchando. En fin, ¿qué voy á explicar más? Me parece que se han llevado á una y han traído á otra. Repito que no sé explicarme, pero ¡vamos, que le quiero con todo mi corazón, y que si usted no me perdona, voy á morirme de pena!

LUIS. ¡Pobre muchacha!

MAN. (Medio llorando.) Nos moriremos de pena, créalo usted.

LINO. Bien, bien. No hay que apurarse. (Medio llorando.) (Yo también me enternezco.) Ustedes se han portado como debían portarse, y yo soy hombre recto. La boda es necesaria.

MAN. ¡Justo! Eso es lo que necesito.

LINO. (Dándole la mano.) Usted es un joven dignísimo. Su aspecto no le recomienda, créalo usted, pero en el fondo es usted honrado y merece usted mi estimación.

MAN. ¡Muchas gracias!

LINO. En cuanto á tí... Si errores padece uno en el mundo, el mío fué tremendo.

ROSA. ¿Cómo?

LINO. ¡Nada, nada! Yo me entiendo, hija mía.

LUIS. ¡Magnífico! Puesto que todo se halla arreglado, me permitirá usted que llame á mi mujer.

LINO. La llamaré yo. (Llamando.) ¡Emilia! ¡Emilia!

ESCENA ULTIMA

EMILIA, ROSITA, MANOLITO, DON LINO y LUIS

EMILIA. ¿Qué hay?

LINO. Levanta esa frente. Tu inocencia está completamente demostrada.

EMILIA. ¡Calle! ¡Rosita!

ROSA. Servidora de usted.

LINO. Te presento á su futuro esposo. (Por Manolito.)

EMILIA. ¿Eh? ¿Su futuro esposo?

LINO. Ambos se amaban hace tiempo.

LUIS. Ya te lo explicaremos todo.

EMILIA. (Aparte á don Lino.) ¿Pero no estaba enamorada de usted?

LINO. Sí, hija mía, lo está, pero lo disimula. (Al público.)

Sed felices, como espero,
y por lo que á mí respecta,
siguiendo la línea recta
me voy á Navalcarnero.
Ya sé lo que significa
meterse en ajenos tratos;
zapatero... á tus zapatos,
boticario... á tu botica.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

¡No me siga usted! Comedia original en un acto.
El viejo Telémaco. Zarzuela original en dos actos.
Sensitiva. Zarzuela original en dos actos.
El violinista. Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. Comedia en un acto.
Descarga de artillería. Comedia original en un acto.
Por huir del vecino. Juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola. Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. Zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano. Comedia original en un acto.
La copa de plata. Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. Juguete cómico en dos actos.
Fausto. Parodia en dos actos (de la ópera.)
La casa de locos. Zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco. Comedia original en tres actos.
Me es igual. Juguete cómico original en un acto
El forastero. Jugnete cómico original en tres actos.
El fogon y el ministerio. Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! Juguete en dos actos.
La ley del mundo. Comedia en tres actos.
Las cerezas. Juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia. Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya. Juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza. Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. Revista original en un acto.
Los dominós blancos. Comedia en tres actos.
El año sin juicio. Revista original.
Cambiar de colores. Comedia en un acto.
El doctor Ox. Zarzuela en tres actos y seis cuadros.
Los Madriles. Zarzuela original en dos actos.
Amapola. Zarzuela cómica en tres actos.

El Chiquitín de la casa. Comedia on tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela original en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. Revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista original en un acto.
El dinero en la mano. Comedia en dos actos.
El caballo blanco. Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. Zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas. Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas. Zarzuela cómica en dos actos.
Ódieme usted, caballero! Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡A sangre y fuego! Juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro. Zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, Leon! Juguete cómico lírico en un acto.
El espejo. Comedia original en tres actos.
Armas al hombro. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡á la plaza! Revista original en un acto.
Libre y sin costas. Juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas. Comedia en tres actos.
Viaje á Suiza. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
El pais de las gangas. Revista original en un acto.
Las mil y una noches. Cuento fantástico orignal en tres actos.
Curarse en salud. Proverbio en dos actos.
La misa del gallo. Apropósito cómico-lírico original en un acto.
Ellos y nosotros. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
Madrid-Zaragoza-Alicante. Juguete cómico en un acto.
La taberna. Melodrama en tres actos.
La cola del gato. Comedia de mágia en tres actos.
Para casa de los padres. Juguete cómico-lírico en un acto.
Vestirse de largo. Juguete original en un acto.
La ducha. Juguete cómico original en tres actos.
La feria de San Lorenzo. Zarzuela cómica en tres actos.
Agua y cuernos. Apropósito en un acto original.
El milagro de la Vírgen. Zarzuela original en tres actos.
Los Fusileros. Zarzuela en tres actos.

La Diva. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
Niniche. Opereta cómica en dos actos.
¡Música! ¡Música! Opereta en un acto.
Castillos en el aire. Zarzuela en dos actos.
La vida madrileña. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
Juegos Icarios. Zarzuela cómica en un acto.
Á casa con mi papá. Comedia en tres actos.
El teatro nuevo. Pasillo en un acto.
La Fiesta de la Gran Vía. Revista cómica-lírica-original.
Yo y mi mamá. Apropósito on un acto.
Tiple en puerta. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 céntimos. Juguete cómico en tres actos.
Aguas azotadas. Juguete cómico-lírico en un acto.
Mam'zelle Nitouche. Zarzuela en dos actos.
Odette. Drama en tres actos..
Exposicion universal. Revista original en un acto.
¡Mi misma cara! Juguete cómico original en un acto.
Un crimen misterioso. Juguete cómico en un acto.
20 céntimos. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
La Ducha. Refundida en dos actos.
El Cocodrilo. Zarzuela en dos actos.
Sin Embargo. Juguete cómico original en un acto.
¿Quién se casa? Juguete cómico en dos actos
Creced y multiplicáos. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
Los tres sombreros. Juguete cómico en un acto.
¡Mil duros y mi mujer! Juguete cómico original en un acto y en prosa.
El crimen de la calle de Leganitos. Comedia en dos actos.
Los bombones. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
Paris, fin de siglo. Comedia en cuatro actos.
Los cohetes. Juguete en un acto y en prosa.
La mujer de papá. Vaudeville en dos actos, prosa.
Retolondrón. Opereta cómica en un acto y en prosa.
Matrimonio civil. Comedia en dos actos y en prosa.
El boticario de Navalcarnero. Juguete cómico en tres actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; del *Sr. Escribano*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.